

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripcion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTICULO XII.

LA ESPERANZA.

I.

La Esperanza es hermana de la Fé.

Quien no abrigue á la Fé en su corazon no puede ser consolado por la Esperanza.

Nada son, nada valen, ni para nada sirven las esperanzas que hace brotar la ambicion.

La Esperanza, si no va sostenida por su madre la Religion y por su hermana la Fé, es tan débil que muere al nacer.

Acercaos, lectores míos, á mi *Galería de vicios y virtudes*: permitidme que os conduzca ante la figura dulce y magestuosa de la *Religion*: es una matrona bella, cuya fisonomía está impregnada de una suavidad indecible, y de un maravilloso encanto: aparece envuelta en blancos ropajes y lleva de la mano á una hermosa jóven de alegre semblante y apacible sonrisa: observad cuan blanda es la fisonomía de esta jóven, cuan dulces y rasgados sus ojos, cuan pura su frente, cuan gentil y encantadora su figura: miradla bien, que todos debeis conocerla y amarla; es la hermosa y cándida hija de la *Religion*; llámase la *Esperanza*.

Es noble y poética como su madre: casta como ella; como ella tierna y amante.

Madre é hija se aman tanto que no se separan jamás.

La Esperanza es la hija mas jóven y mas tímida

SETIEMBRE.

de la Religion: por eso esta la lleva de la mano.

Ved apoyada en el hombro izquierdo de la Religion á su hija mayor la Caridad: es otra jóven muy hermosa, que llega apenas á la primavera de la vida, y de la cual os hablaré en otro artículo: sentada á los piés de la Religion está la Fé, hija suya tambien y hermana de la Esperanza y de la Caridad.

Aunque os he dicho que la Esperanza es mas jóven que sus hermanas la Fé y la Caridad, las tres sin embargo, son gemelas; pero la Caridad es mas corpulenta y robusta que las otras dos: la Fé es fuerte tambien, pero su ceguera le dá una apariencia mas débil; y la Esperanza es tan niña, risueña, delicada y aérea, que parece la mas jóven de las tres; por eso sin duda, la miman mas su madre y la dirige con su mano poderosa. No obstante, la Religion es una buena madre, y si vacilan alguna vez la Fé ó la Caridad, las sostiene con brazo robusto y las reanima con sus cuidados y consejos.

II.

Las ilusiones toman con frecuencia el manto de la Esperanza: le dividen en pedazos y se cubren con ellos y van á visitar las cabezas enfermizas ó los corazones estragados de los mortales: estos las confunden con la Esperanza; las acogen con amor, las acarician, las abrigan, y las páfidas, despues de haber saciado su sed en la savia de su cerebro, huyen riéndose descompasadamente y dejando las mas espantosas tinieblas en el espíritu débil que las acogió.

—¿Por qué la Esperanza se deja robar y desgarrar su hermoso manto? me preguntareis acaso.

Y yo os contestaré:

—La Esperanza deja sonriendo que las ilusiones se apoderen de él, y al mirarlas volar sobre la tierra esclama satisfecha:

—Corto será vuestro reinado: el mío es mas hermoso y duradero, pues cuando abandonais á los míseros mortales desengañados y abatidos, á mí toca volar á reanimarlos y á prestarles consuelo. Vuestra mision es herir, la mia curar las heridas que haceis.

Y en efecto, vedla al lado de todos los dolores de la vida: vedla sentada junto al que llora, reclinada en el lecho del moribundo: vedla velar las tumbas de los muertos; vedla, en fin, hasta en el cadalso, mostrando el cielo con su blanca mano al delincuente que espira arrepentido.

A mí me conoce y ama como á una amiga: la tengo sentada frente á mí, en mi mesa de escritorio: la encuentro en el templo apoyada junto al altar; la veo en mis largos y solitarios paseos mecerse en las ramas de los árboles; la oigo en la campiña cantar con los pájaros; á su risa brotan en Mayo las flores de mis balcones; á su arrullo me duermo; á su dulce llamamiento despierto; ella cortó hoy mi pobre pluma para escribir este artículo; ella hace veloces y alegres las horas de mi trabajo; ella, en fin, es mi paño de lágrimas.

La Esperanza es tan amante de su familia que jamás consuela ni acaricia á los que no aman á su madre y á sus hermanas: vosotros, seres desventurados, que haceis alarde de despreciar la santa Religión y que os burlais de la Fé; vosotros, que calificais sus misterios de candidas invenciones por no confesar en vuestro orgullo que su grandeza es superior á vuestra limitada comprension; vosotros, que presumiendo de un genio colosal creéis vano é insoluble todo problema que no tiene solución para vosotros, no confundais con las caricias de la Esperanza los delirios de vuestra fantasía: vosotros no conocéis á esta hermosa criatura: si alguna vez posó su vuelo junto á vosotros, fué en los días que dormíais en la cuna: fué cuando vuestro entendimiento estaba ofuscado por las candidas nieblas de la infancia. Desde que vuestro entendimiento despertó, os dominó la ambicion; desde que llegó á su completo desarrollo, os rebelásteis contra Dios.

Sí: lo que creéis Esperanza, no es mas que negra y atormentadora ambicion! Vuestras almas, exhaustas de creencias, no pueden ofrecer á la Esperanza un nido blando y apacible! No brotan en vuestra imaginacion flores que la recreen! No hay en vuestro pensamiento puro ambiente que la acaricie! No existe en vuestro corazon ternura que la halague! La ambicion ha menester para vivir horribles y pavorosos antros!... Por eso se guarece en vuestras almas!

¡Seres que teneis vírgenes vuestras creencias religiosas, firme vuestra fé y puros vuestros sentimientos; vosotros sois los que estais constantemente acompañados de la Esperanza! Para vosotros podrá ser triste el recuerdo de *ayer*, pero vuestra compañera os hace el *mañana* incomparablemente hermoso! La Esperanza os muestra á Dios en todas las tempestades de la vida, y os cobija con un escudo que os hace invulnerables! Los pesares del corazon, los sinsabores del alma, los amaños de la sociedad, las intrigas del poder, las injusticias de los hombres, los desengaños del mundo, las decepciones mas amargas, los dolores mas hondos, todo lo encontráis aliviado con la blanda sonrisa de la Esperanza!

III.

Cuando la Esperanza bajó del cielo al mundo, trajo consigo á un hermoso adolescente que tiene por nombre el *Consuelo*, al cual enseñó el camino de todos los corazones que la acogieron.

Seres irreligiosos que tomáis vuestros delirios de despotismo y rebelion por caricias de la Esperanza, decidme: ¿habeis oido alguna vez la voz del Consuelo cuando habeis gemido agobiados bajo el peso del infortunio? No. ¿Qué palabras dulces han acariciado vuestros oidos? Ninguna. Solo habeis hallado en torno vuestro la nada y el vacío!

Y es que el Consuelo siempre va unido á la Esperanza.

La ambicion vuela sola azotando los aires con sus alas de murciélago.

La Religión y la Fé son las que abren las puertas del corazon á la Esperanza: quien no ame y comprenda á las dos primeras, no espere jamás á la segunda: no fabrique ni alimente sueños de gloria, de poder ó de amor, porque todos vendrán al suelo.

La desgracia se aclimata siempre donde no existe la Religión.

El dolor es el Cancerbero que guarda la puerta que no huella la Esperanza.

Los remordimientos sellan el corazon que no acoge á la Fé.

Incrédulos, que sonreís irónicamente ante los sentimientos mas nobles y grandes! Vuestra risa amarga no es mas que la ausencia de la Esperanza! Tened Religión y Fé y aquella volverá.

Si el mundo llamase á la Religión y á la Fé; si no desdenase la benéfica influencia con que constantemente estas le brindan, la Esperanza haria fecundos á tantos genios como se agostan con el soplo amargo del escepticismo: habria en él gloria, poder, felicidad; no abortarian tantas empresas, grandes en su concepcion, porque no serian mezquinas en sus medios, y Dios no dejaría caer su mano airada sobre nuestras cabezas.

Las guerras, los terribles sacudimientos que conmueven á las naciones, las epidemias, las calamidades que por todas partes nos cercan, son necesarias para imponer temor á los espíritus rebeldes y descreidos; las leyes de la justicia humana lo son también, porque la ambicion, seguida del escepticismo, invadiria sin ellas el mundo.

¿En qué ha de creer el que nada espera?

¿Qué ha de esperar el que nada cree?

Solo la cólera divina y la justicia de los hombres pueden impedir que los escepticos, descreidos y desesperanzados, devoren á los demás como hambrientos lobos, porque el miedo es el único dique que alcanza á contener sus apetitos sin freno!

El robo, el asesinato, la prostitucion ¿qué son mas que estravíos de corazones vacíos y sin creencias? Si el ladrón tuviese fé en Dios, ¿robaría? Si el asesino tuviese conocimiento del perdón de las injurias, que es uno de los primeros preceptos de nuestra santa Religión, precepto que se apoya en

la esperanza de que las nuestras sean perdonadas, si tuviera esta esperanza consoladora, ¿armaría su mano del puñal homicida? Si la joven, abandonada á su miseria esperase en otra vida mejor, ¿cedería á los halagos del vicio?

La Esperanza es la que guía todos nuestros pasos en el sendero del bien.

La madre sufre todos sus dolores y penalidades, no por el egoismo que encierra la idea de que sus hijos le paguen en la ancianidad cuanto por ellos sufrió, sino alentada por la *esperanza* generosa de contemplarlos un día fuertes, virtuosos y felices.

El soldado arrostra los peligros del combate, porque la *esperanza* le enseña á lo lejos una corona de inmortal laurel.

El marino reza en la tempestad á la Reina del cielo, porque tiene su *esperanza* cifrada en tan cariñosa y compasiva señora.

El desgraciado sufre sus dolores con paciencia, porque la *esperanza* le promete el alivio de ellos en la tierra ó el precio de su resignacion en un mundo mejor.

El mártir soporta heroicamente sus tormentos, porque *espera* el cielo que la Fé le descubre.

El poeta pasa sus breves días con la cabeza abrasada, sus noches sin sueño, y sus amargos desengaños, *esperando* conquistarse un glorioso renombre que le compense de todas sus fatigas.

Mas ¡ay! todas estas esperanzas se convierten en vanas ilusiones si la Religión y la Fé no las sostienen.

IV.

Implorad á Dios en todas las pruebas de la vida: él os enviará á la Esperanza para que recoja en sus alas vuestro ruego, y si es justo lo que pedís, la Esperanza misma bajará á traéroslo á la tierra.

Yo amo tanto á la Esperanza que la prefiero á la posesion: la mísera condicion humana se hasta pronto de lo que posee y desea con ardor lo que ve á lo lejos.

Nada existe tan dulce y alegre como la Esperanza, cuando se apoya en una conciencia tranquila.

La posesion fatiga y aburre á los mortales sin excepcion; pero se hace insoportable á las imagines volcánicas que sueñan constantemente *un mas allá* al cual siempre se acercan y jamás les es dado alcanzar.

No hay cosa que no gane con ser *esperada* y que no pierda con ser *poseída*: nuestros deseos son insaciables y siempre anhelamos lo que no tenemos.

Oid á Alfonso de Lamartine en sus *Meditaciones*, en ese libro consuelo de los corazones heridos, encanto de las almas tiernas y bálsamo de la amargura del desengaño: oidle; y si yo, por mis pocos años, no os inspiro fé al rogaros que *esperéis*, tenedla al menos en el gran poeta, cuya inteligencia debe haber sido iluminada por el mismo Dios.

"Alúmbrate con la antorcha de la Esperanza hasta en las sombras mismas de tu muerte, seguro de que la Providencia no tiende lazo alguno á tus pasos: cada aurora la justifica; el universo entero se

fia de ella; solo al hombre ha ofrecido dudas; pero su venganza paternal confundirá la duda infiel en el abismo de su bondad."

Sí: no hay duda que la bondad suprema no confunde en el abismo de su misericordia sin límites. No hay vacilacion en un alma pura que no sostenga la Fé, que no ilumine la Esperanza.

Los que, como Eva, quieren gustar los amargos frutos del árbol de la ciencia en lo mas recóndito de su tronco fatal y envenenado; los que aspiran á remontarse hasta las regiones eternas con las pobres y débiles alas de su limitado pensamiento; los que sustituyen la bondad de un alma sencilla y tierna con la impia pretension de la suprema sabiduría, esos son los que caen en un negro abismo que ninguna luz ilumina: esos son los escépticos, los descreídos, los seres sin esperanza. ¿Cómo han de tenerla si se empeñan en ver mas á medida que van cerrando los ojos? Esto equivaldría á que un pobre miope, desviando su vista de lo que tiene mas cerca, quisiera distinguir los objetos que distan de él infinitas leguas.

Únicamente de entre esos seres salen los suicidas; cuando se convence de que su corazón está seco, marchita su alma y emponzoñado su espíritu, cuando tocan que su ambicion es insaciable, desfallece su ánimo fatigado y cobarde y se acoge á la muerte como si les aguardase en ella algun descanso.

¡Almas soberbias! Despreciaron la dulce y humilde Esperanza y prefieren hundirse en el infierno antes que mirar al cielo.

¡Amantes y virtuosas madres! Vosotras, que sois los únicos seres para quienes mi voz puede tener algun poder, enseñad á vuestros hijos, desde el momento en que su inteligencia pueda comprenderlos, á *creer, á esperar y amar*! ¡Hacedles ver que toda la ciencia de los mortales debe circunscribirse á este círculo, tan estrecho; pero tan agradable, y que únicamente la Fé y la Esperanza pueden labrar vuestra dicha en esta vida y conquistar el reino eterno que Dios nos tiene prometido.

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LA PLANTA MALDITA.

CUENTO

POR DON FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

(CONCLUSION.)

VI.

La muerte es victoria
do vive afición:
que espera haber gloria
quien sufre pasión:
mas vale prision
de tales dolores
que estar sin amores.

Juan de la Encina.

La tierra tiene sus mártires. Muchos de ellos lo son de sus desaciertos; pero debe disculparse y com-

padecerse al que sufre, si se ha labrado su desventura por error del entendimiento y en la persuasión de que su conducta le llevaría á obtener la felicidad.

¿Quién aprende á vivir en el mundo en el breve noviciado de la vida? ¿Quién posee el secreto de saberse sustraer á las sugerencias de la mala fé y de la iniquidad de la hipocresía? ¿Cuántos sabios conocen los libros, profundizan su ciencia, son capaces de rebatir las doctrinas que aquellos vierten y al mismo tiempo ignoran cómo se resuelve el primer problema de la humanidad que es la vida práctica! ¡Y cuántos sabiendo definir los deberes del hombre, no atienden á las conveniencias sociales porque les son desconocidas! Así pues ¡qué mucho que la ignorancia encuentre escollos, la inesperecia punzantes espinas y la bondad se deje arrastrar al abismo!

Marigüela se levantó al despuntar el alba, al otro día de su entrevista con Diego. Dirigióse á la cabana de Teresa. La jóven habia pasado una noche cruel: del insomnio y sus revueltos pensamientos mantenían la fiebre que la devoraba.

La hija del señor Pedro penetró en la humilde habitación de la pastora. La anciana apenas contestó á su saludo, y ella acercándose al lecho de Teresa exclamó:

—Tan tarde y todavía en la cama?

La jóven haciendo un esfuerzo volvió los ojos á Marigüela: su mirada le produjo un temblor inesplicable.

—Es Vd., señora? me encuentro hoy muy acongojada.

—Qué desgracia! cuando yo venia á darte una buena noticia!

Teresa se animó un tanto, é incorporándose en su jergon de paja murmuró:

—Todo me es indiferente, como no sea volverle á ver.

—¿Y si yo viniera á anunciarte la vuelta de Alonso? dijo Marigüela observando atentamente el efecto que sus palabras producían en la jóven; ¿qué dirías?

—Eso no puede ser; exclamó Teresa con incredulidad.

—Pues toma y lee.

Marigüela dió una carta á la jóven.

Teresa alargó presurosa las manos, descubriendo sus brazos que daban envidia á la nieve; pero antes de tomar el papel le dejó caer diciendo amargamente: si no sé leer!

Entonces Marigüela leyó una carta dirigida por Alonso al señor Pedro, y en la cual le decía que en la tarde del 20 llegaría á la aldea el soldado en uso de licencia para estar en ella tres meses.

Como se restaura la flor al benéfico riego de la lluvia de otoño, así fué reanimándose Teresa al escuchar el contenido de aquella carta.

—Hoy estamos á 20, añadió Marigüela, despues de haber terminado la lectura; con que tú verás si estás en disposición de salir á recibir á Alonso.

Los ojos de Teresa, negros como el azabache, brillaron; su corazón queria saltársele del pecho, su ser adquirió nueva vida.

—Yo no tengo nada, exclamó riendo y llorando á la vez, profiriendo palabras inconexas é irguiéndose impulsada por una fuerza desconocida.

—Ya estoy buena. Todo era aprensión. ¡Dios mío! verle, hablarle y tan pronto. Ah! será verdad? No, no, V. no es capaz de engañarme!

Marigüela al observar la emoción que turbaba á Teresa, se sonrió, diciéndola:

—Yo nunca te he engañado. Hoy he venido á darte esta noticia porque sabia que me lo habías de agradecer.

—Gracias, gracias, balbuceó Teresa, y añadió para sí: ¡qué buen corazón!

—Veo que te encuentras mejor.

—Sí, sí, seria capaz de andar muchas leguas, y esta mañana no me pude tener en pie.

—La calentura parece que ha desaparecido, añadió Marigüela apoyando su mano en la frente de Teresa y al sentir el fuego abrasador que de ella brotaba, dijo para sí inundada de placer. Está peor!

Un instante despues salió, no sin haber antes concertado con la jóven que por la tarde vendría á buscarla para que salieran juntas á esperar á Alonso. En cuanto Marigüela desapareció, la anciana que habia escuchado el diálogo de la víctima y el verdugo, dijo á su hija.

—Teresa, tú no puedes levantarte hoy de la cama. Te pondrías peor y no lo consiento.

—Madre, ya estoy buena, contestó la jóven.

—Pobrecita! exclamó la anciana echándose á llorar. A tí te va á matar la pasión de ánimo.

Teresa guardó silencio por unos instantes y de repente gritó.

—Yo no quiero morir. No, no, quiero vivir; vivir para volverle á ver. V. no me quiere, madre, cuando dice que me voy á morir.

—¡Hija, cálmate por la Virgen María! Esa mujer te trastorna. Esa mujer te engaña. Yo no quiero que salgas hoy de casa. Alonso vendrá á verte aquí.

—Imposible! dijo Teresa exhalando un profundo suspiro. Iré, aunque sea arrastrando.

En seguida, la desdichada niña, como si hubiera perdido la razón prorumpió en desconsoladores gemidos, en exclamaciones dolorosas. Estaba delirando!

—Marigüela me salva, decía. Ya viene Alonso! ya viene! Mírelo V. madre. Ahí está... pero yo no quiero morir sin abrazarle! Yo no quiero morir sin casarme con él! Se lo he ofrecido!

—Señor! mi hija se muere, murmuraba la anciana por lo bajo. Mi hija se va á volver loca, añadió levantando los ojos al cielo.

En tanto Teresa, con los labios dilatados, la mirada indecisa, los ojos hundidos y rodeados de un anillo azulado que la desfiguraba, con una palidez mortal, el cabello en desorden, agitada fuertemente y presa de un horrible vértigo, sacudíase convulsa sin articular una palabra. ¡Parecia que habia perdido los sentidos.

Un instante despues, á aquella sostenida inquietud sucedió un sueño letárgico, pero azorado é

intranquilo. Teresa estaba herida de muerte. Aquella impresion surtió los efectos que Marigüela se había propuesto. La perversion es sagaz y escudriñadora y triunfó de aquella débil criatura. Hay ocasiones en que el olor del ácido sulfúrico puede hacer sucumbir á una persona, así como hay otras en que el mas activo veneno no produce mas que sueño.

Teresa se hallaba en el primer caso. Tenia de un hilo pendiente su vida.

Por el camino adelante y en direccion á la cruz de piedra, que se hallaba á corta distancia de la aldea y en la linde del mismo, marchaban lentamente aquella tarde, una de las mas calurosas del estío, dos mujeres, ambas anhelantes de llegar al término deseado. La mas jóven, que era la mas hermosa, llevaba retratado en su semblante las huellas de la ardiente fiebre que la devoraba; sus pasos eran tardos é inseguros, su mirada vaga y melancólica, hallábase cubierta de una languidez mortal, y sin embargo, de cuando en cuando suspiraba con fuerza, y brillaba en sus ojos un rayo de esperanza y de felicidad.

Su compañera marchaba primero sirviéndola de guia, llevando asida con su mano la de la jóven, y apresurando su paso, como si se retardara el terrible desengaño á que la tenia condenada.

A cierta distancia, y con la vista fija en las dos mujeres, iba otra de bastante edad, esforzándose por andar apresurada, y consiguiéndolo á duras penas. En su rostro tostado por el sol é inundado de sudor, reflejábale la espresion del infortunio. Sus canas batidas por el aire cálido de aquella tarde de verano, se desparramaban por su rugosa frente cegándola la vista. No obstante la anciana no se detenía un momento, ni separaba su penetrante mirada de las dos personas que la precedían.

Esta era la pastora, madre de Teresa.

Aquellas, su hija y Marigüela.

La sombra del mal arrastrando en pos de sí á su víctima, que marchaba estenuada y casi sin aliento, decia:

—Vamos, Teresa, ánimo, un esfuerzo mas y llegaremos.

—Tengo sed, dió por toda respuesta la jóven.

—Pues aquí como no bebas agua de ese arroyo...

Marigüela señaló la corriente de una especie de regadero que se deslizaba por el camino.

—Sí, sí, quiero agua, quiero refrescar mis sienes y humedecer mi boca, si nó no podré dar un paso mas.

—Entonces, sacia tu sed, contestó Marigüela, pensando que aquel esceso podia agravar el estado de Teresa. Coge agua con la mano y ella te dará fuerzas. Alonso no debe de tardar. Avancemos hasta la cruz de piedra. Allí descansaremos, allí le abrazarás, y yo me daré la enhorabuena de haberte conducido á su lado.

Teresa llevó á sus labios aquel bálsamo de consuelo. Por aquel instante su abatido espíritu cobró fuerzas; su cuerpo se sintió mas ágil y animoso.

Continuaron su camino.

Poco despues se hallaban en un vallecito, ameno,

bordado de verdes hayas y de floridos manzanos cuya sombra les ofrecia benéfico reposo.

Entre ellos alzábase magestuosa una cruz de añosa piedra salpicada de musgo.

Teresa se reclinó á sus pies despues de haber tendido una mirada por el camino que desde aquel sitio dominaba hasta gran distancia, tratando de descubrir al viagero que esperaba.

Marigüela firme, en su propósito, como la roca que en la cumbre de la montaña amenaza desprenderse para sepultar al caminante, quedó un momento inmóvil, buscando con sus ojos la sombra de Diego, que debia vagar por aquellos alrededores.

Teresa que sentia arder su cerebro en tanto que un frio glacial se estendia por su cuerpo, murmuró acojonada, despues de un intervalo silencioso.

—Alonso no viene y yo me voy á morir.

En aquel instante Marigüela descubrió á Diego que avanzaba por el camino. Al verle no pudo reprimir su alegría y exclamó.

—Ahí está.

La jóven enamorada asiéndose al pilar donde descansaba la cruz se puso en pié. Fijó su vista en Diego, y creyendo que era Alonso.—El es! El es! gritó fuera de sí. Ya llega!... y dominada por la emocion cayó otra vez sobre la dura piedra en que se apoyaba.

Marigüela veia con regocijo la situacion desesperada de la jóven. Ha llegado la hora de la venganza, pensó para sí.

En esto llegó Diego cubierto de polvo y con un atillo á la espalda.

Teresa iba á hacer un nuevo esfuerzo para levantarse á saludar á su novio con el lastimero acento de las tórtolas cuando saludan á la aurora, y al ver á Diego quedó muda y estática.

—Buenas tardes, dijo el cómplice de Marigüela.

—Eres tú? exclamó esta fingiendo sorpresa.

—Yo soy.

Teresa observaba, sin poder hablar, la fisonomía de aquel hombre que ella habia visto alguna vez.

La anciana que habia seguido paso á paso á las jóvenes, se acercó á presenciar aquella escena.

—De dónde vienes? dijo Marigüela á Diego.

—De Madrid.

—Y Alonso? añadió Teresa con voz que apenas se oia: dónde está Alonso?

Su madre que la contemplaba abismada, y en quien ella no habia reparado exclamó:

—Hija de mi alma! te han engañado! bien te decia yo que no vendria.

—Con que no viene contigo Alonso? repitió Marigüela para que Diego continuara la escena que el día antes habian preparado.

—Cómo ha de venir? repuso Diego aparentando tristeza, si Alonso....

Teresa escuchaba atenta y en cuyo corazon se iban clavando las palabras de aquel hombre inicuo como agudos puñales, exclamó con voz turbada:

—Por qué no viene? qué le ha sucedido?

—Habla, Diego, sácanos de dudas; añadió Marigüela deseando que se terminase aquel diálogo.

—Alonso, dijo con voz bronca y fría Diego, no viene porque ha muerto!

Todos quedaron mudos y silenciosos.

Marigüela volvió la vista á Teresa para recrearse con sus padecimientos.

La niña sacrificada por aquella maligna mujer, al oír las palabras de Diego, se incorporó levemente, rodeó con sus brazos la enseña de redención y exhaló un gemido.

Su madre gritó:

—Favor, Dios mío! mi hija se muere!

Marigüela y Diego se acercaron á socorrerla, pero la anciana les rechazó diciendo á Marigüela con la ferocidad que muestra la pantera para defender á sus hijos:

—Atrás, Vd. ha matado á mi hija!

Teresa no volvió á pronunciar mas palabra. Abrió los ojos; alargó los labios; su madre dejó caer su frente sobre ellos, y aquella purísima flor, despues de besar ardientemente la única amiga que habia tenido en el mundo, se hallaba cubierta con las lúgubres alas del ángel de la muerte.

En aquel momento supremo la anciana exhaló un alarido que resonó en los valles, y enlazando su cuerpo con el de su hija exánime y sin vida, quedó inmóvil.

En tanto un vapor suave, trasparente, aromoso y embriagador, desprendíase del cuerpo de la desdichada niña subiendo al cielo en blancas espirales.

Era el alma enamorada y bendita de Teresa.

Ante tan sublime emanacion, Marigüela y Diego desaparecieron espantados.

A las dos de la noche y cuando reinaba en la aldea el silencio de los sepulcros, Diego llegó á casa del señor Pedro para que Marigüela le cumpliera la oferta que le tenia hecha.

Aquella criminal mujer que de antemano se habia apoderado de la llave de un arca donde sabia que su padre conservaba en depósito el dinero que Alonso le entregó al partir, se dirigió al sitio donde se hallaba, la abrió y estrajo la bolsa de cuero con el metálico.

Al ir á cerrar el arca, parecióla que sentia ruido en el dormitorio del anciano, y huyó dejando puesta la llave.

Momentos despues cumplia á Diego su promesa.

—Toma este dinero y huye pronto.

—Marigüela ¿hasta cuando voy á vivir errante, purgando los delitos que tú me has hecho cometer?

—Aun no estás contento? Vete y no me vuelvas á ver mas. Yo ya no existo para tí.

Diego codicioso se guardó el dinero diciendo:

—Adios, ingrata! y salió.

No bien habia traspasado los umbrales de aquella honrada casa, se oyó el disparo de una escopeta. La bala iba bien dirigida é impidió la fuga del malvado, atravesándole el corazon.

A la mañana siguiente hallóse el cadáver de Diego, y toda la aldea se deshacia en comentarios acerca de su muerte.

VII.

Cuando yo nací
era hora menguada
ni perro se oía
ni gallo cantaba,
sino era una hada
que mi mal decia.

Romancero anónimo.

Doblan las campanas de la aldea, las mozas se agrupan en torno de unas angarillas cubiertas de un crespon blanco, sobre el que se hallan esparcidas una multitud de azucenas, campanillas, pasionarias y madreselvas. Son las flores que van á despedir á su hermana. La sensitiva ha muerto. Todos lloran, confundiendo sus gemidos con los cánticos de la iglesia.

La palma de la virtud acompaña al cadáver de Teresa.

El fúnebre cortejo llega á la mansion de los muertos.

—¡Dios la haya perdonado! esclaman unos.—Era un ángel! murmuran otros.—Dicen que la ha envenenado Marigüela por celos, repiten los mas.

Y no falta quien añada: ¡La Virgen nos libre de una mala voluntad!

Mientras esto acontecia en aquel pueblo, Alonso no hallaba tregua á su dolor. La misma tarde y casi á la misma hora en que Teresa esperándole habia abandonado la tierra, por una inesplicable coincidencia, recibió el soldado aquel bautismo de sangre que le condujo al hospital, donde se hallaba.

Al principio los médicos desconfiaron de la salvacion del jóven.

Pero redoblados los esfuerzos de la ciencia á los quince dias se hallaba fuera de peligro. En esta época cumplió el tiempo de su servicio y le fué concedida su licencia absoluta. Sin embargo su estado no le permitia ponerse en camino. Tuvo que permanecer en el hospital hasta que fuera dado de alta.

Veia transcurrir los dias en aquella mísera cama. Cada uno de ellos le parecia una eternidad. Anhelaba volver á ver á su Teresa que ni un solo instante se habia apartado de su imaginacion y en tal estado de ansiedad, esperó y esperó hasta poder abandonar aquel recinto de dolor, donde tantas veces habia oído resonar los ayes del moribundo.

Volvamos á la aldea.

Un mes habia transcurrido desde la muerte de Teresa.

Marigüela satisfecha con haberse libertado de aquella jóven, juzgando insensata que ella sola era quien destruia sus proyectos de futura felicidad, hallábase sorprendida de que su padre no la hubiese pedido cuenta, en tanto tiempo, de su proceder, y en su alma sobrenadaban los remordimientos, como las gotas de aceite se mantienen sobre el agua.

Los procedimientos instruidos en averiguacion de la muerte de Diego, suceso que no habia perturbado la calma de Marigüela, tal era su corazon

de roca, siguieron su curso, y las diligencias de la justicia no pudieron aclarar tal misterio, ni dar con el autor de aquel atentado.

El señor Pedro, en quien recaían sospechas, acreditó que á tal hora descansaba pacíficamente en su lecho. Marigüela negó que aquel hombre hubiera salido de su casa, y la bolsa del dinero que se le halló á Diego no fué por nadie reconocida.

En tal situacion los sucesos, el señor Pedro hallóse un día frente á frente con su hija, origen de todas sus desdichas.

El anciano, que hacia muchos años que no la dirigía la palabra, la habló en estos términos:

—Estamos solos. Nadie nos escucha y quiero manifestarte la resolucion que he tomado, para vivir en paz los pocos dias que me restan de vida.

La voz firme y tranquila á la par que severa del señor Pedro, resonó en el corazon de Marigüela, y esta entreviendo el enojo del cielo en los acentos de su padre, tembló.

—Conozco, añadió aquel, la cadena de delitos á que te ha arrastrado el extravío de tus pasiones. Estoy convencido, y me estremezco al pensarlo de que tú sola, muger dejada de la mano de Dios, has sido la causa de la muerte de Teresa. Sé que tu cómplice era, el infeliz á quien una mano justiciera ha hecho purgar el crimen de haberme arrancado la honra!...

Al pronunciar estas palabras, un estremecimiento convulsivo ahogó la voz del anciano. Despues continuó:

—No ignoro tampoco, que tú, desbordada por la pendiente en que te arrastras, desde tus primeros años, llevaste en aquella noche fatal, tu maldad hasta el punto de robarme el dinero que Alonso me dejó en depósito, para recompensar los servicios del infame que te ayudaba en tu infernal empresa. Mal corazon! no te era bastante haber sacrificado á aquella inocente jóven, que era la virtud misma, arrebatada por los celos y alentada por la malignidad, sino que todavía te apoderaste del último recurso que le quedaba á su desgraciado novio, al cual crees tener cariño, perdiéndole para siempre, y haciéndote odiosa á sus ojos, como te has hecho á los de todas las gentes que ya hasta te maldicen....

Marigüela abismada con una mezcla de terror y de cólera, queria hablar; pero el señor Pedro la contuvo añadiendo:

—Escúchame bien. Yo no tengo valor para delatarte á la justicia de los hombres, porque nadie se convenceria de que tú no puedes ser mi hija, ni de aquella santa que se alberga en el seno de la tierra....

—Padre! exclamó la jóven al oír aquellas palabras, espresando su rostro los encontrados pensamientos que la agitaban.

—No, y mil veces no! tú no puedes ser mi hija: mas seria imposible convencer al pueblo de esta verdad. Esta es la razon por qué te salvas de que te condenen los tribunales; pero, Marigüela, añadió el Sr. Pedro alzando un tanto la voz y dándola un

tinte sombrío y aterrador: la justicia del cielo es inmutable; está para tí cercana y ella te impondrá la pena que mereces.

Sin embargo, aun es tiempo de que puedas librarte de la cólera de Dios. Arrepíentete; confiesa tus culpas. Humíllate lejos de la tierra en que has encenagado tu alma; un convento dará paz y reposo á tu espíritu. La religion que has escarnecido, lavará tus pecados. Marigüela, me atrevo á llamarme tu padre para suplicarte que abandones el sendero en que te hallas. Oyeme.... arrodíllate... reza.... pide perdon y todavía podrás ser feliz retirada del mundo, donde te hallas condenada al desprecio y á la desesperacion.

Hubo un momento de silencio y Marigüela contestó:

—Yo no tengo mas delito que querer á Alonso: cáseme Vd. con él y seré feliz: ¡pero encerrarme en un convento, nunca! No me siento con vocacion para esa vida.

—Pues bien, dijo el señor Pedro dando suelta á su indignacion y con acento airado y terrible; todo el que no te conozca sabrá quien eres, porque yo se lo diré á trueque de pregonar mi deshonor. Alonso va á venir precisamente. Y crees tú que te perdonará? te engañas. En cuanto llegue yo mismo le gritaré: "Marigüela ha asesinado á Teresa; me ha robado el dinero que tenias para casarte; ha sido tu perdicion en la tierra, porque acuérdate, es la planta maldita: pero no te apesadumbres, Alonso, ahí la tienes, yo te la entrego, nada tengo que ver con ella, sacia en ella tu furor, mácala, mácala que lo merece."

En el corazon de Marigüela hizo eco esta terrible amenaza. Trémula y suplicante dirigióse á su padre como para demandarle perdon. Aquellas palabras habian caído sobre su conciencia como plomo derretido. Quedóse un momento pensativa, viendo que el anciano recobraba la calma esclamó:

—Padre, Vd. no puede ser tan malo para conmigo: Vd. es bueno y no querrá perderme y perderse: yo haré lo que Vd. quiera, menos encerrarme en un convento y olvidar al hombre que puede salvarme.

—Eso, jamás! repitió el señor Pedro con voz de trueno: Alonso lo sabrá todo en cuanto llegue; yo haré que te maldiga. Consentir en tus caprichos seria criminal, y puesto que mis reflexiones te son inútiles, yo te abandono y te desamparo: sal ahora mismo de mi casa....

—Me echa Vd.?.... á su hija!...

—Tú no eres mi hija! no puede ser.... Marigüela, vete al instante de mi presencia....

A las voces que daba el señor Pedro excitado por la ira que le habia producido la desobediencia y la sangre fria de su hija, acudieron varias gentes de la vecindad.

Marigüela oyó entre el rumor de las conversaciones algunos gritos que la llenaban de dictérios. Aquel nuevo golpe atizó su soberbia, y por su mente cruzó un pensamiento siniestro. ¿A dónde irá, se dijo á sí misma que no sufra nuevas humillaciones? ¿Quién me prestará apoyo si mi padre me despide de esta casa?

--Escucha, escucha, mujer desventurada, dijo el anciano al oír los murmullos de reprobación que se dirigían á Marigüela: todos te rechazan. Hasta la puerta de casa se agolpa el pueblo castigándote con sus demostraciones.

--Qué vergüenza! murmuró Marigüela rabiosa.

--Aun queda un recurso, Marigüela; ofrécame encerrarte en una celda y yo cubriré tu honor, como hasta ahora, de lo contrario te abandono á tu suerte y tendrás que salir ahora mismo de aquí.

--Pues bien, saldré; replicó iracunda Marigüela, tal que su boca hervía humeante como la de una fiera y sus ojos brillaban con un resplandor indefinible. Saldré de aquí. Ahora mismo y para siempre, dijo con acento que ahogó un rujido feroz; para siempre!... y ciega de despecho, con la vista inyectada en sangre y el paso agitado y resuelto, huyó de la presencia de su padre.

Al llegar á la calle, un rumor de disgusto salió de todos los labios. Marigüela escitaba el escarnio de la multitud de personas curiosas que se aglomeraban á su puerta. Algunas madres, que comprendían la desventura de ver á sus hijos arrebatados por el torbellino del vicio, compadecían á aquella jóven y pensaban en los tormentos del señor Pedro.

Marigüela atravesó presurosa el pueblo. Muchas personas fueron tras ella llenas de curiosidad, y de temor los muchachos.

Dirigíanla insultos y voces. Su aspecto infundía pavor: su padre, agitado y sombrío como un fantasma, la seguía á cierta distancia. Llegó á la playa y allí se encontró con la madre de Teresa. La anciana venía de su cotidiano paseo al cementerio, donde regaba con sus lágrimas una siempreviva que habia brotado sobre la tumba de su desventurada hija.

Al ver á la pastora Marigüela se estremeció. El recuerdo de su víctima inocente vino á patentizar la deformidad de su crimen.

--Dónde va Vd? la dijo la pastora al advertir su turbación.

--A morir! contestó ella con voz sorda.

El señor Pedro la oyó y gritaba aturdido:

--Detente, Marigüela, detente.... yo te perdono.

Sus palabras no llegaron á los oídos de su hija. Marigüela corría desenfadada buscando un sitio prominente desde donde arrojarle al mar.

En esto un jóven, jadeante de cansancio, cubierto la frente de sudor y de aire marcial, que venía por la parte opuesta y habia logrado alcanzarla, quiso detenerla.

--Marigüela! le gritó; qué vas á hacer?

Ella no oía ni veía. Sus sentidos se habian extraviado: se encaramó sobre una pequeña roca, dió un alarido y desapareció entre las olas.

Al grito desgarrador de Marigüela, respondió otro de las infinitas gentes que presenciaban aquel horrible drama.

El hombre que habia interpelado á Marigüela, desconocido en el primer instante para todos, ostentaba en su chaqueta una cruz, cubría su cabeza una gorra de cuartel, llevando pendiente de su cue-

llo un canutero de hoja de lata adornado con cintas de color de rosa.

En el instante que Marigüela se sumergió en el mar, él corrió hácia aquel sitio para salvarla. Ya iba á echarse á nado, cuando la madre de Teresa que le habia conocido, le gritó:

--Alonso! déjala, déjala; vas á esponer tu vida por una infame. No la salves: es la planta maldita!

El señor Pedro casi sin fuerzas llegó tambien diciendo al soldado:

--Alonso, por Dios te pido que salves á esa infeliz. Ha sido mala, es verdad; pero es mi hija.... mi hija, por quien yo daría hasta la última gota de mi sangre.

--No tengas compasión de ella, gritaba la pastora; te ha perdido!

--Corre, corre, repetía el señor Pedro; tal vez ya sea tarde. Si me vuelves viva mi hija yo te bendeciré.

Cuando acabó de pronunciar estas palabras el señor Pedro, ya se habia hundido Alonso en el océano.

Sucedieron algunos momentos de silencio. La ansiedad no dejaba respirar á los espectadores de aquel sangriento cuadro.

El torbellino de las olas agitadas dejó ver al cabo á gran distancia dos bultos que se aproximaban, y volvían á separarse á impulsos de una fuerza superior é irresistible.

Era Alonso que luchaba por asir el cuerpo de Marigüela.

Aquellos dos puntos negros volvieron á desaparecer.

Los tormentos de una dilatada agonía, hubieran sido menos sensibles que los que sufría el corazón del señor Pedro.

La pastora lloraba á gritos, por la vida de Alonso que estaba en inminente peligro.

Por fin, despues de algunos minutos de angustia se oyó una exclamación general.

El valeroso soldado apareció cerca de la orilla, trayendo asida por los cabellos á Marigüela.

El Sr. Pedro y la madre de Teresa exclamaron á una voz.

--Se ha salvado! Gracias Dios mio!

Él pensaba en su hija.

Ella en Alonso.

A favor de unas cuerdas que se le arrojaron, aquel pisó la tierra sin abandonar su presa. Entonces al acercarse, el Sr. Pedro, frenético á abrazar á su hija que yacía en el suelo, al posar sus labios sobre los suyos sintió que helaba su sangre el frío de la muerte y cayó sin sentido.

Marigüela ya no existía.

Alonso débil por sus padecimientos, sintió los efectos de la arrojada lucha que habia sostenido en el mar. Al salir su cabeza ardía y querían saltársele las sienes.

--Dónde está mi Teresa? preguntó á la pastora. La madre, contristada, que ni un momento habia dejado de llorar, miró al cielo y despues al cadáver de Marigüela.

--Qué quiere V. decir? exclamó Alonso, cuyo semblante se iba descomponiendo por instantes de

una ma

La p

de las j

le dijo

--Te

Otra

--M

Y un

--Y

Alon

bras. S

llevó la

tentara

ojos en

padre cu

--La

carcajad

Estas ge

muerto.

Dicho

mente, n

petia su

Orilla

dáver de

Pedro á

de toda s

"Muri

á esa hij

primeros

filtraban

que form

donados.

desgracia

Acoge en

La ma

de su hij

absorbién

blandame

triste nue

El des

muerte.

El calo

la flor.

El viag

de Vallad

jaula, con

pues á los

UN

LA SEÑORA

Los dem
mativo.

una manera singular. — Dónde está Teresa? repitió.

La pastora no se atrevía á contestar, cuando una de las jóvenes del pueblo que se hallaban presentes le dijo llorosa.

— Teresa está en el cielo.

Otra añadió.

— Marigüela la mató hace treinta días.

Y una tercera:

— Y tú acabas de esponer tu vida por Marigüela!

Alonso no contestó por el pronto á estas palabras. Su vista quedó inmóvil sobre la tierra, se llevó la mano á la frente con presteza, como si intentara arrancársela de la cabeza. Despues fijó sus ojos en el cadáver de Marigüela, que su anciano padre cubría de besos:

— La he salvado! dijo, y luego añadió dando una carcajada que heló de espanto á los circunstantes. Estas gentes me engañan. Dicen que Teresa ha muerto. Voy á buscarla á su casa.

Dicho esto Alonso huyó, riéndose convulsivamente, mientras el eco de aquellas montañas repetía su risa.

Orilla á la sepultura de Teresa, enterróse el cadáver de Marigüela. Aquel día meditaba el Sr. Pedro á los pies de un crucifijo. Los pensamientos de toda su vida vinieron en tropel á su memoria.

— Murió, decía, mi virtuosa consorte al dar á luz á esa hija. Yo descuidé su educacion. Pasó sus primeros años recogiendo todo el veneno que le infiltraban las malas compañías. No tenía madre que formara su corazon. Los padres somos abandonados. Hé ahí el origen de sus delitos y de mi desgracia. Perdon Dios mio! Mia es la culpa! Acoge en tu gracia á Marigüela!

La madre de Teresa fué á llorar sobre la fosa de su hija; fué á prestar jugo á la siempreviva que absorbiendo el del cuerpo de aquella niña, se mecía blandamente sobre su sepultura; pero la afligió una triste nueva:

El destino es inmutable aun mas allá de la muerte.

El calor del cuerpo de Marigüela habia secado la flor.

El viagero curioso que visite la casa de dementes de Valladolid, podrá leer escritas en la pared de una jaula, con sangre de un loco que murió tiempo despues á los 27 años, estas palabras:

¡PLANTA MALDITA!

FIN.

UN NIDO DE PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(CONTINUACION.)

Los demás se contentaron con hacer un signo afirmativo.

SETIEMBRE.

— Pues bien, continuó el príncipe; la condesa que creía que las personas que habian comido con su esposo se habian retirado ya, entró en su habitacion á decirle no sé qué, y se turbó en extremo al hallarse entre ocho ó diez hombres desconocidos todós para ella.

— No lo dudo, dijo el francés; se dice que sus costumbres son en extremo inocentes y que vive bastante retirada.

— Pues bien, apenas habia podido vencer su hechicero rubor y se preparaba á hablar, fijó los ojos en Silva, y la palabra espiró en sus labios dolorosamente contraídos por un agudo dolor.

— Es extraño! murmuró el conde de la Bárcena.

— No es extraño, repuso el príncipe; la condesa cayó desmayada, y el conde nos dijo que aquel trastorno provenia de la dolorosa impresion que habia producido á su esposa la vista de Silva, quien se parece mucho á un hermano de la condesa que se ahogó en el mar.

— Un hermano de la condesa! repitió asombrado el conde de la Bárcena: Clotilde no ha tenido jamás ningun hermano.

Demudóse el espresivo rostro de Cellemare al oir estas palabras conociendo que, sin quererlo, habia abierto una herida mortal en el honor de Clotilde.

— Qué decís? exclamaron todos los concurrentes con ese afan odioso que la sociedad emplea para descubrir los dolores mas ocultos: ¿no ha tenido hermanos la bella condesa?

— Ninguno; la condesa es hija única.

— Pues entonces, algun misterio debe ocultarse tras el desmayo! exclamaron burlonamente los circunstantes.

— Ese Silva será sin duda algun amante temerario, que por ver á la condesa lo habrá querido arriesgar todo.

— Eso no es creible, señores, dijo con seriedad el conde de la Bárcena; Clotilde es amiga íntima de mi hermana y conozco su virtud.

Cellemare clavó una mirada de agradecimiento en el jóven conde, y despues dando á sus ojos una significativa espresion, dijo:

— ¿Quién sabe si seria algun hermano natural ese hombre que se ahogó?

— En efecto, repuso el conde, que comprendió la espresion de los ojos de Cellemare: ahora recuerdo que el duque de B..... su padre, tenia un hijo natural que era un gallardo marino y á quien ella amaba mucho: mas, como entre nosotros, los hijos que no tienen derechos legítimos á la casa ó á los títulos de la misma, entran por poco, me habia olvidado de él.

En aquel instante apareció el marqués de la Oli-va en el palco que ocupaba Clotilde, y esta se volvió sobresaltada. Cubrióse su rostro de intensa palidez y casi instantáneamente se vistieron sus facciones de un encendido carmin.

Afortunadamente para la pobre condesa, el telon se levantó en aquel instante, y los jóvenes del palco de en frente se volvieron hácia el escenario sin echar de ver la agitacion que la dominaba.

Cantaba aquella noche una de las artistas mas

eminentes que han pisado nuestra escena, y la misma duquesa de Río-Claro, que ordinariamente jamás volvía ni por distracción los ojos al escenario, fijó entonces toda su atención en él.

Mas la pobre Clotilde no vió siquiera que el telón se había levantado: una indescriptible expresión de enojo y de desprecio se pintaba en sus bellas facciones, haciendo un doloroso contraste con los suaves contornos de su rostro.

El marqués de la Oliva ostentaba un aire triunfante: dió la mano sonriendo dulcemente á la duquesa, inclinóse con un respeto lleno de ironía delante de Clotilde y tomó asiento á su lado, colocándose un poco á su espalda.

El príncipe de Cellemare, que atraído por un interés tan noble como irresistible, no quitaba los ojos del palco de la condesa, la vió temblar y vió también que el rojo color que cubría sus mejillas se hacía mas arrebatado.

—¿Qué teneis esta noche, condesa? preguntó en voz baja el marqués de la Oliva, tomando para hacer esta sencilla pregunta el aire mas á propósito para que el público creyese que dirigía á Clotilde alguna atrevida galantería.

—Tengo, caballero, una indignación que no sé describiros al veros cerca de mí, respondió Clotilde también en voz baja y contenida.

—¿Qué os he hecho pues?

—Y teneis la osadía de preguntármelo?

—¿Acaso os he ofendido presentando en vuestra casa á vuestro antiguo amante? preguntó el marqués con aire zumbón.

—Sois un infame! fué todo lo que Clotilde, sofocada por el llanto, pudo contestar.

—¿No me habeis despreciado? ¿No os habeis burlado de mi amor? dijo el marqués siempre en voz baja: ¿pensábais, continuó, que yo me resignaría con vuestros desprecios y que os dejaría en libertad? pues no lo esperéis, señora! todo cuanto he podido hacer, ha sido tratar de olvidaros: no lo he conseguido, y ahora necesito.... ó que me ameis.... ó vengarme!

—¿Pero qué venganza habeis de tomar de mí, caballero? y además ¿qué os he hecho? ¿cómo queis que os ame si ya no soy libre?

—Sin ser libre amais aun mucho á Fernando de Silva.

—Mentís! exclamó Clotilde olvidando ya toda moderación y alzando la frente con orgullo: yo no amo mas que á mi marido.... Si temblé al verle, si perdí el color, es que el recuerdo de lo que le había amado se alzó en mi alma poderoso y fuerte, evocado de repente por vuestra infame alevosía!

—¿Llamais alevosía á que haya presentado en vuestra casa al Sr. Silva? ¿qué sabía yo de esos lazos que os habian unido? Vuestro esposo me convidó á comer estando yo con Fernando de Silva, y este, que poco antes le había sido presentado por mí, fué incluido también en el convite: ¿qué hay de alevoso en todo esto?

—Vos sabíais algo de nuestras relaciones de hace tres años, caballero! exclamó Clotilde con profunda convicción. Oh! prosiguió: os conozco bien, y sé que

nunca haceis nada sin una torcida intención, y que cada una de vuestras acciones es una maldad calculada de antemano!

—Y bien, sí, sabía, porque Fernando me lo había confiado, que su primero y único amor había sido una jóven llamada Clotilde é hija del duque de B... mas os aseguro que, al presentarle en vuestra casa no me acordaba ni de vuestro nombre ni del de vuestro padre: pero demos aquí punto á esta conversacion, que me parece os molesta, condesa, dijo el marqués levantándose y apoyándose con familiaridad en el respaldo del asiento de Clotilde: ya sabeis que os amo; ya os he dicho que he tratado en vano de olvidaros: necesito, pues, que me ameis, ó voy á descubrir á vuestro esposo que Fernando de Silva ha sido vuestro amante desde que os casásteis.

—Pero eso es una calumnia abominable! exclamó la infeliz jóven palideciendo de nuevo y juntando las manos con terror; ¡yo no he visto á Fernando desde dos meses antes de casarme hasta hoy! él me abandonó.... él rompió cobardemente y solo por orgullo los lazos de nuestro amor bajo el pretexto de que jamás podría unirse á mí, por la desigualdad de nuestras fortunas; y yo ahora, amo sinceramente á mi marido, al padre de mis hijos!

—Os creo; mas nada de eso puede hacerme desistir de mi empeño, Clotilde: ó pagais mi amor, ó envío esta noche misma esta carta á vuestro esposo.

—Pero qué le decís en ella? Dios mío! exclamó Clotilde llena de terror y echándose hácia atrás como si la fuera á morder una serpiente.

—Poca cosa: que sosteneis relaciones criminales con Silva, lo cual creará fácilmente, pues la escena de esta noche le ha afectado mas de lo que podeis pensar.

—Yo le diré la verdad.

—¿Qué importa la verdad algunas veces, y sobre todo, cuando la mentira es manejada por un hombre tan diestro como yo? ¿de qué modo se borra la huella de la primera sospecha en el corazón de un hombre amante y honrado como el conde? Señora, vos sois aun casi una niña, y demasiado pura é inocente para comprender la profunda huella, la herida mortal que ha dejado vuestro desmayo de hace poco en el corazón de vuestro esposo! Desde hoy se acabó su confianza, la tranquilidad de su alma y la paz de su corazón! Podreis hacerle creer que desde que os casásteis con él no habeis visto á Fernando.... aunque os será difícil por la extrema libertad en que su confiado cariño os ha dejado.... pero persuadirle de que no le amais, os será imposible, porque vos no sabríais persuadir con una mentira.

—Luego creéis que le amo....? murmuró con terror la inocente jóven?

—Que si le amais!.... barbotó el marqués cerrando los puños con furor: en vuestra alma, señora, imperará siempre ese primer amor; cifrásteis en él todas las esperanzas de vuestra vida y no es posible que volváis á querer otra vez: en almas como la vuestra no hay mas que un solo amor; los demás son pálidos reflejos del primero.... eso lo sabe

el conde tan bien como yo, y desde hoy sabe asimismo para su tormento, que vos habeis sentido antes de conocerle esa primera y única pasión.

—Qué teneis, querida? dijo la duquesa que, volviéndose casualmente, advirtió el extremo abatimiento de Clotilde.

—La condesa se siente mal, contestó el marqués al ver que la pobre jóven no podia levantar la frente que tenia caida sobre el pecho: si me lo permitís, duquesa, la acompañaré á su casa en mi coche.

—Es muy justo, dijo Juana distraida y sin separar sus lentes del palco que ocupaba poco antes el príncipe de Cellemare: pero, añadió, estoy mirando que hace una hora que ha salido de su palco ese hermoso toscano, que segun dicen es un príncipe, y no ha vuelto á parecer.

—Sois tambien de sus apasionados? preguntó el marqués anhelando entretener á Juana para que no advirtiese el estado de la condesa.

—Sí por cierto, contestó jovialmente la duquesa; se parece tanto al Tasso, que una mujer con pretensiones de pintora como yo, debe admirarle.

—Quereis la paz? preguntó el marqués á Clotilde en voz baja.

Esta no contestó: la desdichada nada oia: creia ver un abismo abierto ante sus piés que la iba á tragar.

El marqués dejó brillar en sus azules ojos un gozo cruel y repitió:

—Quereis la paz?

—Hijos míos! mis pobres hijos! murmuró Clotilde entre un seco y dolorido sollozo.

—Por ellos, al menos, aceptad la paz.

—Hijos míos! repitió la condesa con el corazón lacerado por el mismo pensamiento que en aquel instante destrozaba el de su esposo.

—Veo que quereis la guerra, continuó el marqués con feroz dureza: pero añadió, mirad que la lucha será muy desigual, y que perecereis en ella, señora; vos sois demasiado buena é inocente; yo soy un malvado! y para que mis armas sean mas poderosas, nadie, á no ser vos, me conoce por tal.

—Dejadme ya! exclamó Clotilde levantándose con ímpetu y lanzándose á la puerta sin pensar siquiera en que estaba allí la duquesa.

—Permitidme, señora, que os acompañe á vuestra casa, dijo á esta sazón el príncipe que de pié en el umbral casi la recibió en sus brazos.

—Caballero! exclamó el marqués rojo de cólera; esta señora habia aceptado ya mi coche y mi compañía.

—Mentís! repuso Cellemare con voz fuerte y sonora.

El marqués levantó la mano para descargar un bofetón sobre el que le hacia tal injuria, pues su maldad no era cobarde: mas el príncipe le sujetó el brazo con una rapidez y una fuerza extraordinarias, y continuó sonriendo con serenidad.

—Le doy por recibido: enviad al conde esa carta que teneis preparada para él, y en seguida aguardadme aquí en la plaza del Rey, pues así que deje á la condesa en su casa volveré.... para mataros.

Tomó al decir esto la helada mano de Clotilde y

la colocó bajo su brazo: mas esta acción, que hubiera podido calificarse de atrevida, estaba escusada en aquella ocasión por el excesivo abatimiento de la jóven, y por la gracia y mesura con que la acompañó.

En seguida bajaron la escalera: el coche de Cellemare esperaba á la puerta, pues Clotilde habia venido con la duquesa y no tenia el suyo.

Cellemare ayudó á la condesa á subir al carruaje, subió él despues y dijo al cochero:

—Al palacio del Sr. conde D....

Estas palabras terminaron, al parecer, el agonizante estupor de Clotilde, quien rompió en amargo llanto.

—Animo, señora! exclamó el príncipe: hoy os he visto por la vez primera; pero me intereso vivamente por vuestra dicha y por la de vuestro esposo que es mi amigo: así que lleguéis á vuestra casa, creedme, contadle con franqueza toda vuestra vida pasada.... abridle vuestro corazón: nadie puede alentaros como él, y en nadie hallareis un amigo mas generoso.

—Pero esa carta!.... esa carta!.... murmuró con agonía la condesa.

—No pude quitársela á ese malvado, porque lo primero era salvaros del escándalo que empezaba á causar vuestra agitación: toda la concurrencia, que llenaba el teatro, habia reparado ya en vuestro estado: no obstante, ¡si yo pudiera evitar que llegase!....

Y el príncipe se lanzó á uno de los cristales del coche, le abrió y gritó al cochero:

—Pon al trote los caballos.

El cochero obedeció y los soberbios animales sacaron mil chispas del pavimento con sus herrados cascos.

En aquel momento, otro coche á galope, pasó rozando con el del príncipe.

Este lanzó una exclamación de dolor, al mismo tiempo que la condesa reconociendo la librea verde del marqués de la Oliva, murmuró señalando aquel coche con profundo terror:

—Ahí va la carta! ahí va!....

En efecto, á través de los cristales se veia á un criado del marqués, que en pié en el fondo del coche, miraba ávidamente hacia la calle.

Cuando pasó el carruaje junto al del príncipe, el criado se asomó á la ventanilla y gritó:

—A escape!

—A escape! gritó el príncipe á su vez.

Ambos carruajes partieron como dos flechas, sin cuidarse de las multas que, para tales casos, tiene impuestas la autoridad.

Ambos volaban como llevados por el viento: mas el del marqués llevaba algunos pasos de delantera.

Hubo un instante en que el del príncipe consiguió alcanzarle: mas el tiro del del marqués de la Oliva era tan fogoso y valiente, que bien pronto le aventajó de nuevo.

Detúvose, sin embargo, al empezar la calle del Sordo, que era donde estaba situado el palacio del conde; y en el mismo instante saltó al suelo el cria-

do que hemos visto en el fondo del coche, echando á correr hácia el palacio.

Los pobres caballos cubiertos de espuma y de sudor, respiraron con toda la fuerza de sus pulmones.

Cuando el carruaje del príncipe paró á la puerta del palacio, ya habia entrado en él el mensajero.

En el anchuroso patio esperaba un chico harapososo, de esos que pululan por todas partes en Madrid vendiendo fósforos y billetes de lotería.

Así que vió la librea verde del criado, se lanzó á él.

—Venga la carta y los cuartos, dijo.

—Sube la carta, y ven á encontrarme al coche que estará parado á la entrada de la calle, dijo el lacayo.

El muchacho tomó la carta y el criado desapareció.

El príncipe, ocupado en ayudar á apearse á la condesa, que estaba en extremo quebrantada, no vió, á pesar del cuidado con que sus miradas registraron el patio y el vestíbulo, no vió, digo, otra persona al rededor, que un muchachuelo harapososo apoyado contra la puerta, y que le dijo con voz doliente:

—Una limosnita, señor, por Dios!

Cellemare echó una moneda de plata en la ennegrecida mano del chico y dijo al oído de Clotilde:

—Animo, señora! el coche se ha detenido por no sé qué accidente: quizá se ha roto: el portador de la carta debe estar dentro de él, y ahora os juro que la carta no llegará: tened valor y adios.

Nada contestó Clotilde: subió lentamente la escalera y se dirigió á su habitacion, cuya puerta le abrió Avelina.

Mas no bien se hubo vuelto á cerrar, no bien sus dolientes ojos se tendieron por la habitacion, lanzó un grito de angustia y de terror.

En pié, junto á la chimenea, pálido, inmóvil, rígido y severo habia columbrado á su esposo.

Aquel grito desolado, que se habia arrancado del pecho de Clotilde, fué á terminar á los piés del conde, donde cayó suplicante y temblorosa.

(Se continuará.)

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LAS ALMAS GEMELAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

SEGUNDA PARTE.

(CONCLUSION).

Por mas que Gabriela no diese crédito á supersticiones vulgares, eran tan alarmantes las palabras de Carlota, que le pareció que en ellas habia mucho de profético.

Estaban á fines de Setiembre, las hojas caian sin cesar cubriendo con su amarillenta alfombra el césped verde y fino que cubria los jardines; la naturaleza se revestia de esa tinta melancólica que tanto eco halla en los corazones que sufren.

A la mañana siguiente Carlota llamó á Gabriela al amanecer y la obligó á referirle su vida, como si temiese que su existencia se extinguiera antes de salir al jardin.

Gabriela acercó su boca á la oreja de Carlota, y con voz apenas perceptible le refirió su historia, página sencilla de una vida de amor, de una vida sin luchas ni portentos. Gabriela se habia casado, habia perdido muy pronto á su esposo y á su hija, y sintiéndose inclinada á la vida solitaria del claustro, habia profesado en las Premostratenses. Carlota se quedó disgustada, porque hubiera querido encontrar en todo lo que la rodeaba el espectáculo de las grandes pasiones.

Quedábase sin embargo una circunstancia que picaba su curiosidad, y era el sigilo que guardaba Gabriela respecto á su estado; pero temiendo hallarse con una circunstancia pueril, reservó aquella pregunta para el paseo del jardin.

Carlota bajó pausadamente la escalera principal apoyada en el brazo de su amiga, atravesó el patio saludando con una sonrisa á las novicias que encontraba á su paso, y penetró en el jardin, encaminándose hácia un bosquecillo formado por laureles y macetas de flores de otoño.

Gabriela separó cuidadosamente las ramas de los laureles para ver si las espiaban, y al verse sola con su amiga la abrazó tiernamente, y la pintó el lisonjero porvenir que la aguardaba, aunque sin creer ella misma en la realizacion de aquella dicha.

—Pero, le dijo Carlota como si esquivase hablar de sí misma; á qué ocultar con tanto sigilo tu estado? Es un delito haber estado casada?

—No, Carlota mía; ¿pero no comprendes la imposibilidad de profesar habiendo tenido otro esposo que Dios? Ay! fuéme necesario ocultar hasta los mas caros recuerdos para poder ceñir el velo de las esposas de Cristo. Y esto no fué un crimen, no, porque yo anhelaba la vida del claustro, porque mi amor á mi esposo y á mi hija era un amor casto y santificado, en el que nada habia de impureza. Ah! si hubieses visto mi hermosa niña, mi bella Gabriela! Era pequeña como las horas felices; hermosa como un ángel! Con sus cabellos negros rizados, con su garganta torneada, con sus ojos guarnecidos de largas pestañas negras, y sus manecitas rosadas, ansiando coger sin arte lo que estaba lejos, como si cerca estuviera. ¡Manecitas del cielo poco diestras en cojer las cosas de este mundo!

Y durante esta dulce expansion del amor materno, la fisonomía de Gabriela habia sufrido un cambio notable. La palidez habitual de su rostro melancólico se habia cubierto de una ligera tinta rosada. Las arrugas de su frente, jóvenes aun, desaparecieron, y sus ojos de un negro purísimo aunque bastante hundidos, arrojaban destellos de fuego, de entusiasmo, de pasion, porque su vida presente, su vida de ayunos, de cilicios y de lágrimas, habia

desaparecido, y aquella esposa sin esposo, aquella madre sin hijo, era feliz gozándose en el pálido reflejo de su felicidad perdida.

—Carlota, añadió Gabriela después de algunos momentos de silencio; tú que eres madre, tú que has gozado ya de todas las felicidades que Dios puede concedernos sobre la tierra, ¿qué placer puede igualar al de ver confundidos en un pequeño ser encantador los ojos de la madre con los párpados del padre y despertar á la voz infantil de aquel ángel, contemplarle dormido y observar en amorosa querella á cual de los dos mas se parece? Oh! no sé si me comprendes; pero lo que te quiero decir es muy hermoso!

Y sacando del cuello el medallón que contenia los preciosos cabellos de su perdida niña, imprimia en él besos de fuego, acariciándolos en seguida con inefable ternura.

—Sí! sí!... te comprendo, respondió Carlota dulcemente agitada, y con una voz embargada por los sollozos. Pobre madre! y yo, yo que abandoné á mi pobre hijo!

Y cediendo al impulso de su estremada sensibilidad, levantó hácia Gabriela sus hermosos ojos azules tendiéndole los brazos con un encanto inefable.

Lanzóse en ellos la italiana prorumpiendo en un copioso llanto hartó tiempo reprimido, y confundiendo sus lágrimas y sus gemidos, permanecieron largo rato abrazadas como dos hermosas estatuas del dolor.

Ningún paso profano vino á turbar aquella escena, viéndose tan solo desaparecer entre las inmensas calles de árboles que cruzaban el jardín, algunas jóvenes novicias que jugueteaban como palomas entre macetas de flores... y nada mas.

Oíase el ligero ruido de las hojas que se columpiaban en los árboles al soplo de una brisa apenas perceptible, en aquel eden dulcemente embalsamado por el perfume que exhalaban las candidas flores de los naranjos y limoneros.

Triste es el otoño en la naturaleza, como triste el otoño de la vida; la naturaleza pierde sus galas, los árboles se alzan sobre la tierra desnudos y solitarios como un esqueleto: las hojas caen.

El alma joven minada por el dolor, ve siempre acercarse el otoño con un temor profundo, porque el otoño es la época en que la horrible muerte alcanza con su segur á las frentes pálidas. Ay de los que sufren! Ay de los árboles que tan lozanos se ostentaban en la primavera! Las hojas caen y el hombre tambien con ellas!

Pobre árbol, cuán feliz eres! La primavera te vestirá con nuevas galas; ¿pero quién animará la existencia que bajó á la tumba al compás que hacian tus hojas cayendo sobre el césped?

Ay! las últimas hojas del jardín de las Premostratenses no habian acabado de caer, y Carlota dormia ya el sueño de la paz!

El tibio rayo del sol de otoño iluminó su última sonrisa.

Ay! ella habia profetizado que caería con las hojas.

Pobre Carlota! pobres almas gemelas que el destino separó!

Sobre aquella tumba sencilla y casi olvidada por las religiosas, brillaba todos los dias una corona de frescas flores, que una mujer regaba con sus lágrimas al espirar el día.

Era Gabriela: el egoismo se aparta de las tumbas, la amistad sola sobrevive á todos los cambios; ella va mas allá del sepulcro con su amor. Orad por Carlota que murió joven! Orad tambien por Gabriela que todo lo ha perdido sobre la tierra.

V.

LA AURORA BOREAL.

Las aguas de las fuentes suspiraban,
Las copas de los árboles gemían,
Las olas de la mar se querellaban,
Los aquilones de dolor mugían.

Espronceda.

Era una hermosa noche de verano cuando la imaginación sujeta por el calor del día desea con ansia la brisa consoladora de la tarde para respirar con libertad. Millares de estrellas esmaltaban la azulada bóveda de los cielos, y la pálida luna plateaba con sus rayos un suntuoso sepulcro de mármol blanco colocado en el hermoso parque del conde de Kiof.

Este parque de bastante estension está contiguo á un vasto edificio dominado por dos torreones coronados de almenas que adelantaban sus gigantes cas sombras como dos guardianes fieles de la magestosa fachada del palacio.

Todo estaba en calma en este recinto; el canto del ruiseñor era el único ruido que se mezclaba de cuando en cuando con el ruido de una cascada artificial que se desprendía sobre un gran estanque de piedra colocado en uno de los bosquecillos del parque.

Oyóse un ligero ruido; volaron espantadas algunas avecillas que dormían entre las ramas, y dos sombras se adelantaron en silencio por las tortuosas sendas del parque, hasta que llegando al espacio iluminado por la luna, se vió clara y distintamente al conde de Kiof llevando de la mano al hermoso Arturo, cuyos bucles rubios caían en desorden sobre su cuello de alabastro.

El conde presentaba un aspecto de languidez que prestaba un notable realce á su hermosa fisonomía.

Su elegante vestido de terciopelo negro, bordado de oro, formaba notable contraste con su rostro lívido, donde brillaban todavía como dos faros sus ojos orgullosos, como los de un grande de ilustre raza; pero lo que sobre todo hacia resaltar mas su rico traje á lo Luis XIV (pues por una estravagancia se habia empeñado en vestir los recamados trages de sus abuelos) eran las numerosas cruces

que condecoraban su pecho, y sobre las cuales se reverberaba la luna. Una pluma negra sujeta con una hebilla de brillantes, se elevaba sobre su toca de terciopelo negro, que colocó respetuosamente sobre el mármol del sepulcro.

—Ah! exclamó dirigiéndose á la sombra de Carlota; mujer la mas tiernamente querida, tú has muerto jóven llevándote tambien la gloria de mi juventud, la alegría de mi alma. Pero yo te cumplí fielmente todos los juramentos que habia hecho en lo íntimo de mi corazon; yo te veo aquí dormida á la sombra de los árboles plantados por mis abuelos; he insultado sus sombras orgullosas, te he cedido sus títulos, y mi nombre se perpetuará en los hijos de tus hijos!

Sí, Arturo, conde de Kiof, añadió acariciando la cabeza del jóven que cubria su mano de besos; yo te doy mi nombre, yo te cedo mi fortuna, y solo te exijo por ellos la felicidad de reposar al lado de tu madre.... Que la muerte reuna las almas que separó el destino!

Arturo se arrojó en los brazos del conde; pero nada respondió, porque aquel semblante pálido y estraviado le causaba un terror imposible de describir. Cuando el conde, luchando brazo á brazo con su valor, custodió por sí mismo los amados restos de Carlota hasta colocarlos en el antiguo parque de su castillo señorial, su naturaleza minada ya por la terrible decepcion que habia sufrido, hubo de ceder cayendo en un delirio espantoso, en el que llamaba fuertemente á Carlota para que le arrastrase consigo á la eternidad.

Empero nunca despues de restablecerse de aquella fiebre, habia percibido Arturo tan terribles señales en su generoso protector; nunca sus palabras habian tenido una solemnidad tan profética; nunca habia notado tal vaguedad en su mirada, y aunque niño todavia, se arrepintió de haber cedido á los deseos del conde acompañándole á los jardines.

—Arturo, dijo el conde despues de unos momentos de silencio; tú tiemblas, hijo mio.... Tiemblas acaso por mí?

—Oh! sí.... papá! tiemblo porque habeis salido furtivamente, y el doctor os estará buscando por todas partes; tiemblo, porque vuestra mirada tiene un brillo que me asusta.... Por piedad! volvamos al instante á palacio.

El conde se sonrió, y respondió con serenidad, como si se dirigiese á Carlota:

—Nada temas, hermosa mia.... ¿Qué puede hacer el doctor cuando la enfermedad es del espíritu? Ah! la medicina es impotente para curar los males del alma!.... Pero escucha; escucha, vida de mi vida, yo te he visto mil veces cuando soñaba; te he visto pálida, hermosa, hermosa como la luna que nos alumbraba, te he visto cubierta con el velo del monasterio señalarme el cielo y arrastrarme contigo á la eternidad. Oh! cuán bello hubiera sido para mí padecer contigo, y espirar contigo en una misma hora! ¿Me conoces, Carlota? ¿Distingues todavia en mi rostro desfigurado aquellas facciones orgullosas que solo se han humillado á tí, á tí que has tenido mas poder en mi corazon que la glo-

ria?... La gloria! la gloria! cuánto la amaba yo en otro tiempo!

A pesar de su estravío el conde recordó entonces los dias felices en que su espada llenaba de orgullo las águilas imperiales, y su corazon se oprimió como si le sujetase un horrible peso. Entonces jóven, hermoso, valiente, colmado de honores, brillaba en la corte de Rusia, y un lisonjero porvenir halagaba su alegría cabelleresca; ahora débil, enfermo, lejos de los combates nacionales, y seducido por una ilusion fantástica que ya se habia estinguido, velaba al pié de un sepulcro. Esta triste reflexion pareció acelerar mas y mas el trastorno que venia amenazando su hermosa inteligencia. Arturo observó con terror que en aquel semblante habia una expresion de insensatez, mas terrible aun que la muerte misma; que aquellos ojos fijos en la luna brillaban con una alegría semejante á la sonrisa de la infancia y abarcando de un solo golpe su soledad, exclamó derramando un torrente de lágrimas:

—Madre mia! madre mia! ¿por qué me dejas abandonado en un mundo desconocido para mí? Llévame! llévame!

Inclinó su hermosa cabeza sobre las gradas, y sus largos bucles rubios esparcidos sobre el mármol semejaban la cabellera de una virgen que al despedirse del mundo, ofrece sobre el altar del sacrificio los sedosos rizos que ornaron su cabeza.

—Arturo! Arturo! dijo el conde levantándole cariñosamente en sus brazos, y recobrando por un momento su razon, como brilla á veces una llama próxima á estinguirse.... Pobre niño! me partes el corazon!.... tú no verás....

La palabra espiró en sus labios como si hubiese olvidado lo que iba á decir.

—Papá, vamos á casa! vamos, repetia el niño atemorizado.... el aire de la noche os hará mal.

—Hijo mio, nada temas; el relente no puede ya herirme... Mira, mira, añadió cogiéndole con fuerza por el brazo y mostrándole el horizonte iluminado por una brillante claridad. La ves? Oh! qué hermosa es! Carlota! Carlota! tú lo ves; yo te amaba!

—Papá, papá, ¿por qué brillan tanto esas nubes, y por qué llamas á mi madre? gritaba el niño llorando.

El conde no podia ya comprenderle; su razon se perdia por momentos.

—Arturo! gritaba estendiendo su mano hácia el horizonte: ¿no ves su magnífico ropaje formado de brillantes grupos de estrellas? Sí, tú brillarás tambien, Arturo mio! Tú serás un grande hombre.... Carlota! Carlota! ya te sigo.

Los gritos redoblados de Arturo atrajeron al jardín á los numerosos criados del conde que no se habian apercibido de nada, porque le creian retirado con Arturo en sus habitaciones.

Steward, que fiel á su señor, sentia por él un entrañable cariño, contemplaba atónito las estravagancias del pobre enfermo, comprendiendo que aquella triste escena era la última página del drama que habia tenido lugar en el caserío de las orillas del Tíber, y derramando amargas lágrimas por

aquellos dos seres que agotara el soplo ardiente de los pasiones.

—Llebadle, llevadle, gritaba Arturo; esas nubes brillantes le han hecho mucho mal.

Steward levantó entonces la cabeza y vió el horizonte cubierto por los reflejos de una aurora boreal que disminuía notablemente.

—Mi querido amo! decía sosteniendo cariñosamente al conde; tranquilizaos, es una aurora boreal; estais muy débil y esa luz era demasiado brillante para vuestros ojos.

El conde se dejó conducir dócilmente como un niño; pero al llegar á palacio volvió la vista al horizonte, en el que solo quedaba un débil reflejo de la claridad que habia trastornado su cerebro, y exclamó con un doloroso suspiro:

—Ah! por qué te has ido tan pronto?

El conde vivió todavía algunos meses, y hasta recobró en parte la salud perdida; pero la razon le habia abandonado para siempre: solo Arturo tuvo la satisfaccion de hacerle recobrar por cortos instantes una inteligencia, que en sus momentos lúcidos solo se llenaba con la idea de Carlota, á la que llamaba sin cesar, confundiéndola con la aurora boreal que habia trastornado su cabeza.

En las guerras del Cáucaso distinguíanse algunos años despues dos jóvenes oficiales, tan gallardos como valientes. El uno era Alberto de Cronsstad, comandante de batallon, y el otro el joven coronel Arturo de Lenois y conde de Kiof.

FIN.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

SACRIFICIO Y RECOMPENSA.

LEYENDA HISTÓRICA

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCÉS

POR EL BACHILLER EN ARTES

DON BRUNO DEL BARCO Y DE CARRANZA.

DEDICADA

Á SU QUERIDO TIO

DON ANSELMO DE CARRANZA Y DE DIAZ.

I.

Estamos en la época del terror de la revolucion francesa.

Una joven, cuyo traje mostraba ser aldeana, bien acomodada de la baja Normandía, camina macilenta por uno de los arrabales mas populosos de París.

Turbada en extremo, avanza con lentitud, mira con curiosidad á todas las ventanas como si esperase ver asomarse en algunas el objeto que con ansiedad buscaba.

Se detiene de repente, saca de la cartera un papel, le lee, le rele, medita un breve rato, y parte con velocidad hasta llegar á la puerta del campo. ¡Todo inútil! El sobreescrito de la nota decia: *en el arrabal....* y el arrabal concluía allí.

Despues de recorrerle de arriba abajo por espacio de una hora, sentóse fatigada, ó mas bien se dejó caer sobre un banco de piedra, exclamando con desesperado acento: "¡Oh Dios mio, yo que he venido desde tan léjos, para buscarla y no parece!"

Inmóvil y absorta continuó largo rato, hasta que algunas vecinas curiosas se acercaron para ver un elegante aunque sencillo traje de aldeana, y mas que todo la peregrina hermosura de su rostro.

Jamás se encontró en aquel arrabal donde la miseria pone los rostros pálidos y las miradas sombrías, tanta frescura en las megillas, tanta brillantez en los ojos, tanto candor y tanto donaire reunidos como en el risueño semblante de aquella joven, que apenas contaba diez y siete años, que era bella y lozana como la flor de la primavera.

Dos hombres mal encarados sentáronse cerca de ella en el extremo del mismo banco.

—¿Es esto para la tarde?" dijo el primero en voz baja, cuyo aspecto revelaba ser uno de los mas feroces descamisados del arrabal.

—Sí; contestó el otro, guiñando el ojo con siniestra espresion, espérame con tus hombres delante de la puerta..... ya sabes; en este barrio, número.....

—Número 375, le interrumpió el otro; mira no te engañes.

—No; replicó el primero sacando de la faltriquera un papel grasiento. No: hé aquí la orden..... Está bien: ¿lo ves? la ciudadana Boger, número 375.

Al oír este nombre, se levantó la joven como impelida por un resorte.

Los descamisados sin apercebirse del movimiento, se dirigieron pausadamente á la taberna contigua.

Los grandes ojos azules de la joven chispeaban de alegría; la sonrisa del triunfo hizo retremblar sus labios de puro gozo, y con acento de profunda gratitud murmuró.

—¡"Gracias, Dios mio! En el momento en que os pedía dirigiérais mis pasos, me habeis contestado; la voz de aquellos hombres os ha obedecido, marcándome la senda que debo seguir."

Recogió en seguida la talma de viaje sobre su seno palpitante y volvió á descender con paso precipitado por el arrabal.

Poco tardó en llegar al número 375. Apenas tocó la puerta, penetró sin vacilar en el oscuro zaguán de la casa, trepó con ansia hasta el quinto piso, buscó á tientas en la pared una portezuela casi invisible, y dió tres golpes con iguales intervalos.....

II.

Dentro de la estancia, una joven débil, pálida, y tan tímida, que al menor ruido temblaba, como la

hoja del árbol se agita con la brisa mas liviana, continuaba su labor, doblando la cabeza bajo el peso de una amarga pesadumbre.

¿Será una simple costurera de las muchas que en los barrios de París, consumen huyendo del vicio su vista y su florida juventud, trabajando noche y dia en una oscura boardilla para ganarse un pedazo de pan? De ninguna manera.

La elegancia aristocrática que fácilmente se descubria bajo los pliegues de su trage plebeyo; el profundo dolor que en sus delicadas facciones se pintaba, y ciertos monosílabos que se escapaban bañados en dolorosos suspiros, daban á entender claramente que aquella pobre jóven pertenecía á una de las casas mas antiguas de la nobleza de Francia. Paloma sin hiel arrancada del nido, palpitaba viendo cernerse en el nublado cielo de su porvenir el buitre sangriento, cuyas garras amenazaban desgarrar su albo pecho.

Esta pretendida obrera, era la hija única del conde de Boger, cuya cabeza hacia un mes escaso que habia rodado sobre la plataforma de la guillotina.

La pobre Emilia quedó sola y huérfana en el mundo, perdida como la nave sin timon y sin piloto, náufraga en el inmenso mar que se llama París, tan tempestuoso entonces.

Sin recursos de ningun género, buscó la vida en el trabajo. Oculta en una humilde boardilla esperaba que la providencia la deparase algun dia el medio de salir de la capital, anegada en sangre, y pasar la frontera de su patria para encontrar un asilo seguro donde llorar su desgracia entre estrangeras gentes.

Dos personas podian únicamente venir á socorrerla: el vizconde Erman de Breut, en quien habia depositado su confianza y á quien mas pronto esperaba su salvacion. Pero ¿podia fiar con seguridad en su proteccion?

Una vaga promesa de matrimonio la unia al vizconde desde la infancia; pero desde entonces habian transcurrido quince años. Durante los primeros de su niñez los futuros esposos vivieron en la mas simpática armonía, triscando y saltando á manera de los corderillos sobre el verde césped al pié del castillo de sus comunes ascendientes. Los infortunios que sobrevinieron á la familia de Breut fueron causa de que el padre de Erman que debia haberse establecido en Bretaña, no hubiese vuelto á ver á la de Emilia; pero continuaban renovándose en cada carta por decirlo así, los desposorios como prenda segura de la íntima amistad que las unia.

La última carta vino á imprimir al futuro contrato matrimonial cierto carácter sagrado, por efecto de las circunstancias.

—Al marchar al suplicio escribió el padre de Emilia al vizconde Erman en estos términos:

“Os lego mi hija, que os espera en París. “Salid de la Vandeé, corred en busca de vuestra esposa, y partid con ella á Alemania. Adios, hijo mio. En el momento de morir, desde el patíbulo bendeciré á mis dos hijos.”

Al dia siguiente la carta llegó á su destino.

Pasó despues largo tiempo sin que Emilia obtuviera respuesta: razon poderosísima á primera vista para que se creyese olvidada de Erman.

Tal era la principal esperanza de la huérfana.

El segundo medio de salvacion le esperaba de María Gervil, sobrina de un antiguo arrendatario del condado de Boger; su hermana de leche y amiga de la niñez.

No habiendo tenido noticias de Erman, la hija del conde escribió á la sobrina del aldeano.

Despues de pintar su triste situacion, la carta concluia de esta suerte:

“Tengo miedo, María.—Necesito salir de aquí. Pide dinero á tu tio. Busca un medio para enviármelo. En tí pongo toda mi esperanza, querida María, pero cuida que no tarde tu respuesta: Te lo suplico, porque si viviera mas tiempo en esta zozobra..... te lo aseguro temblando, moriré de espanto.”

Hacia una semana que la jóven habia puesto en el correo esta carta que era un llamamiento á la amistad, último recurso que en su desconsoladora situacion le quedaba.

Emilia contaba las horas, los minutos. Siguiendo con la imaginacion por el espacio, el camino que llevaba su carta. A los dos dias la habia visto llegar á Boger..... María rasga el sobre, la lee, y corre desalada en busca de su tio.

Suponiendo que no le encontrase al instante, ó que el tio no contara con fondos disponibles, ó bien que se resistiese á desprenderse del dinero, todo lo mas que pudiera retardarse la contestacion era un dia.

Trascurrirá esta noche, decia para sí Emilia, pasado mañana..... ah! pasado mañana estoy segura..... —María tendrá dinero..... si lo tendrá, lo veo, pero ¿con quién podrá enviármelo? ¿cómo se compondrá? —No lo sé; pero ella encontrará un medio; tengo completa seguridad..... Sale el dinero, pero el dinero tarda en venir mas tiempo que una letra! Cincuenta leguas próximamente.... dos dias, todo lo mas... dos dias y dos noches! qué tristeza! pero.... no; llegará pasado mañana; esperaré.....

El término de su esperanza habia llegado. Despertó Emilia al amanecer, diciendo para su interior: esta misma mañana vendrá.

Pero, ay! la mañana pasó, y el dinero no llegaba. El dia tocaba á su término. Era tal la impaciencia y la desesperacion de la pobre huérfana, que tenia fiebre. Con razon decia en su carta que iba á morir.

De repente llaman á la puerta..... tres golpes..... es la señal convenida..... ¿será ilusion?

Emilia salta del lecho, corre á la puerta; abre y en el umbral de la boardilla se dejan caer las dos hermanas, la una en los brazos de la otra.

III.

Al cabo de una hora, sin que las dos jóvenes volvieran en su acuerdo de su propia emocion, recobraron el sentido.

Arrodillándose luego María á los piés de Emilia, estrechábala ambas manos y la abrazaba á cada momento con nueva efusión.

—¿Sois vos, la decia, mi querida y buena ama? ¿Quién habia de reconocerlos bajo esa grosera pañoleta, bajo los toscos pliegues de ese vestido burdo? Todo eso estaria muy bien en mí; pero en vos! ah! sostenedme, señorita, se me parte el corazon viéndoos sumida en tanta miseria!... Ese rostro pálido, tan sonrosado y alegre en otro tiempo, ah! cómo habeis debido sufrir, querida condesa!

—Lámame tu hermana, nada mas que tu hermana, repetia Emilia incesantemente. Hoy somos iguales ante la ley, mi pobre niña; y aparte de esto nosotras lo hemos sido siempre en nuestro corazon.

—Callad, exclamó la aldeana; que otros olviden lo pasado, no importa. Yo no podré olvidarlo: vos me habeis hecho tantos favores, señorita! habeis sido tan buena para mí!

—¿No hemos tenido las dos la misma nodriza, la misma madre?

—Sí; pero esa no era razon suficiente para que le regaláseis vuestra granja tan pronto como tuvisteis edad para hacer la donacion. Y mas tarde, cuando la casa se quemó, quedaron los aperos de labranza reducidos á cenizas, y viuda luego mi pobre madre, ¿quién acudió constantemente, quién acudió en su socorro? En cuanto á mí, ¿quién me llevó al castillo? ¿quién partió conmigo todos sus goceos como si fuese una verdadera hermana? ¿quién hizo que la rústica aldeana pueda hoy competir con su señora por su finura y discrecion; pero quien no será nunca mas que su humilde criada? Desde que vuestra carta estuvo en mi poder, parecia decirme el corazon: "marcha, marcha." Aquella carta no era una súplica; era para mí una orden. Vos pediais únicamente dinero; eso no bastaba; necesitábais mas: necesitábais consuelo, obediencia, amistad, y.... heme aquí.

—Sola?

—Ah Dios mio! sí.... sola. Yo no soy una gran señora; soy una simple aldeana. El pueblo no me causa espanto.

—¿Pero cómo ha podido consentir Gerbil....

—No le he pedido permiso.

—Cómo es eso?

—Sin duda no me lo hubiera negado; pero es tan miedoso mi buen tio! Venir á vuestro lado desde tan lejos es cosa que le hubiera causado grande pesar.... Cualquiera obstáculo le apesadumbra. Estoy segura que el pobre hombre no ha dormido en toda la semana. Pero estoy tranquila con haberle dado la disculpa de que me iba á pasar una semana á Ruen con mis primas. La víspera de mi marcha, bajé callandito á la bodega, y descubriendo cierto escondrijo que mi tio no podia presumir fuese de nadie conocido, tomé cuanto dinero habia oculto, y lo coloqué en el bolsillo de viaje.

—Desgraciada! y si Gerbil se apercibe de ello?

—Creerá que se lo han robado, se pondrá colérico y.... nada mas. Pero si sabe la verdad.... se morirá de miedo.

—Yo no sé si debo aceptar....

—Señorita, todo lo que tenemos nos ha venido de vos; os pertenece. Aparte de esto, mi tio no es un avaro de esos que continuamente pasan revista á sus tesoros. Tiene la felicidad de no cuidarse mucho del escondrijo. En cuanto vuelva á la aldea se lo contaré todo, y no solamente no me reñirá, sino que me agradecerá mucho la buena accion; sobre todo, habiéndole evitado por medio de un sencillo engaño, el temor y los sobresaltos, que á saberlo desde el principio hubiera sufrido.

—Ay, María! ah! mi querida María!

—No es todo: repuso esta con una sonrisa encantadora. Lejos de llevaros á Alemania, os acompañaré, si quereis, á nuestro pais. Tengo esperanzas de que podreis estableceros en Normandía, en el mismo Boger, en vuestra misma casa.

—¿Olvidas que los verdugos que han matado á mi padre....

—En vos solo verán una niña inocente y amable.

—Escucha y sabrás la verdad por completo, hermana mia. Durante la prision del conde Boger, serví algunas veces de mensajera á sus compañeros de infortunio.

—Imprudente!

—Sabia yo acaso de lo que se trataba?

—En fin.... cómo ha de ser!

—Todo se ha descubierto; no me cabe la menor duda.

—Si tengo tantos deseos de huir, es porque una terrible acusacion pende sobre mi cabeza, porque se ha dado contra mí la orden de prision.

Al oir esta palabra, María se levantó de repente; acababa de acordarse de los dos hombres del banco de piedra. Aquellos habian dicho la verdad. El papel en que estaban escritas las señas y el nombre, era una orden del tribunal revolucionario.

—Qué te ocurre? preguntó Emilia?

—Era una orden! dijo sencillamente la aldeana, que no comprendia aun toda la gravedad de su situacion; pero que divisaba á lo lejos el peligro por instinto.

Entonces Emilia se la describió con breves palabras, y María á su vez contó lo que habia visto y oido. En aquel instante se apoderó de Emilia un terror indefinible, se puso atrozmente pálida, su mirada comenzó á estraviarse, y todo su cuerpo temblaba.

—Esta tarde.... deben venir.... estoy perdida!

—¿No me encuentro yo aquí á vuestro lado? dijo María.

—¿Y qué podrás hacer tú contra ellos? Infeliz niña!

—Salvarte, Emilia.... para eso he venido. Huuyamos....

—Escucha! escucha!

Un ruido de pasos se dejó sentir hácia la escalera; el rumor se aproximaba con rapidez. Una sacudida violenta sacó de quicio la puerta.

Inmóvil, de pié en medio de la boardilla, María teniendo en sus brazos á Emilia completamente desmayada, contemplaba su rostro con una profunda mirada de compasion.

Llamaron segunda vez.

Una inspiración súbita hizo brillar los hermosos ojos de María.

—Bien hice en venir; exclamó con acento marcadamente conmovidos.

Sublime como el genio de la redención, sencilla y fuerte como la doncella de la Escritura, condujo apresuradamente á su hermana hacia un catre de madera blanca, la reclinó sobre las almohadas, cerró con prontitud las cortinas de la alcoba, y fuese á abrir la puerta.

—La ciudadana Boger? preguntó el portador de la orden.

—Yo soy; contestó María.

(Se continuará.)

BRUNO DEL BARCO.

AMOR DE UN POETA.

CAPITULO VII.

LA SORPRESA.

Eran las doce de la noche cuando á la vista de la quinta de María nos despedíamos de los romeros de Zarauz para dirigirnos al caserío Juan José y yo.

Sin poderlo remediar eché una mirada á las ventanas de la quinta, y ví que en la parte del edificio que da á la ría reflejaba la llama de las bugías que ardian en el interior. Esto me hizo pensar que acaso velaba aun la encantadora María, y resuelto volver cuanto antes, apresuré el paso todo lo que pude, con el fin de llegar pronto al caserío para que el montañés se acostase.

Sin saber por qué, sentía una repugnancia invencible á revelar á nadie el misterio de mi amor, y evitaba cometer una imprudencia delante de Juan José.

—Al verte trepar las alturas con tales brios—dijo este—cualquiera pensaría que acababas de abandonar un cómodo y mullido lecho. Y sin embargo vienes de una romería distante.... Confieso que me he llevado chasco, pues nunca creí que podrías seguirnos sin cansarte.

—Es verdad que camino demasiado aprisa; pero esto, Juan José, no es indicio de que no me halle cansado. Acaso porque lo estoy, y mucho, sea por lo que anhele llegar cuanto antes al caserío.

—Repito que al verte correr de esa manera nadie lo creería.

En estas y otras razones continuamos nuestro ascenso por la montaña hasta un sitio donde se elevaban los nogales de la casa. Allí, y al pié precisamente del primer árbol, dió Juan José un prolongado silbido, y luego otro y luego otro, hasta que, saliendo ya del bosque, oímos abrir una ventana y vimos asomar por ella una luz.

No creas que la seña que había hecho Juan Jo-

sé por medio de su silbido era para que nos abriesen la puerta del caserío. En las provincias vascas, en las aldeas y caseríos, las puertas no se cierran mas que por el día, cuando los habitantes se hallan ocupados en las faenas del campo. Durante la noche, y lo mismo en invierno que en verano, permanecen constantemente abiertas para dar albergue al fatigado viajero ó al extraviado caminante que quiera atravesar sus umbrales. Juan José hacia la seña mencionada tan solo para saber si sus padres y su familia seguían buenos, pues en tal caso hubieran contestado á sus silbidos para que el montañés se postrase de hinojos y diese gracias á Dios antes de entrar en la morada paterna. Desgraciadamente en vez de satisfacer tan legítimas esperanzas, contestando acordes, el silencio de las montañas tan solo fué interrumpido por el chirrido del pestillo de la ventana. La luz que asomó por ella era un anuncio funesto.

Al verla Juan José palideció; llevóse la mano á la boina descubriendo su cabeza, elevó al cielo su mirada, y por sus labios vagó tristemente una palabra en demanda de compasión.

—Apresuremos el paso—me dijo—sepamos pronto quien padece en la casa de mis padres. Oh! no quiera Dios que sean estos!

Como yo ignoraba estas costumbres, no pude menos de sorprenderme al escuchar al montañés espresarse de aquella manera, y en mi asombro hube de preguntarle cómo sabía que en su casa había alguna persona padeciendo.

Entonces el hijo de la montaña me explicó el significado de la luz y del silencio con que fué acogida su seña.

—No dudes—añadió—que dentro de los muros de la casa paterna hay un enfermo. Gracias á Dios no es mi padre porque su mano sostiene la luz que en este instante nos alumbra; ¿pero y mi madre? Tierna y adorada madre mía! O es ella ó algun forastero el que se ajita en el lecho del dolor. De otra manera mi padre no velaría á estas horas.

—Y no podrá ser alguno de los criados ó de tus hermanos?

—No tengo hermanos, amigo Ricardo; pero advierte que mi madre es la que cuida de velar á los criados en sus enfermedades y á mí en las mias. La cabecera del lecho de mi madre, y la de aquellos que ocupen los forasteros corresponden de derecho á mi padre, porque á los forasteros se les debe el mismo respeto y consideración que á la señora de la casa, que es á quien se trata con la mayor consideración y respeto.

—Esa costumbre es general en Guipúzcoa?

—Lo es en las tres provincias hermanas.

—Bendiga Dios un país donde así impera la virtud!

Al decir esto llegamos á la puerta del caserío. Juan José temblaba. Estaba afectado, y no se atrevía á preguntar á su padre quien era el enfermo, á pesar de los vivos deseos que tenía de saberlo.

—Entrad con cuidado—dijo el anciano con voz entrecortada—porque el pobre Martín ha sufrido una recaída.

Confieso que estas palabras me dejaron confuso y como avergonzado de mí mismo, pues fui tan ingrato con aquel escelente jóven que lo habia olvidado desde el momento que me separé de él la noche anterior.

Juan José, fiel á las prácticas de su pais, se postó de hinojos al saber que su familia gozaba de completa salud; pero al mismo tiempo que daba gracias al cielo por tan señalado favor, rogaba tambien por la salud del forastero enfermo.

—Se puede ver á Martin? pregunté al padre de Juan José luego que este hubo estampado en su mano el ósculo de veneracion y de respeto.

—Ahora duerme; mas aquí tengo el ramillete de flores que me ha encargado recojer para cuando viniérais. La barca amarrada en el mismo sitio de la otra noche. Usted sobrará lo que esto significa.

—Sí, sí, gracias por todo. Pobre Martin! añadí por lo bajo; tan solícito, tan cuidadoso á pesar de hallarse padeciendo con una enfermedad que tal vez yo le he causado! Con qué te pagaré tantas bondades!

—Vas á salir otra vez?—me dijo Juan José al ver que me despedía de su padre.

—Sí, un momento; pero luego volveré.

—Quieres que te acompañe?

—No hay necesidad. Gracias.

—Adios pues, y el cielo guie tus pasos.

La bondad de Martin, y la prudencia de Juan José y de su padre, me habian conmovido fuertemente. Cuando me hallé en el campo de nuevo, fué preciso que me detuviera para calmar los latidos de mi corazon.

¡Virtuosas y sencillas gentes que con tanta delicadeza practicais las leyes de la hospitalidad— exclamé—Dios os bendiga y os premie!

El ramillete que habia encargado Martin que me preparasen para cuando volviera de la romería era precioso y de un gusto muy delicado. Su vista me recordó que debia ir á la quinta, y anhelando ver otra vez á María descendí al llano con la mayor precipitacion. Al acercarme á orillas de la ria encontré el barquichuelo en el mismo sitio que yo lo habia dejado dos noches antes. Inmediatamente salté sobre él, cojí el remo y empecé á bogar con direccion á la casa de María. Todavía ardian las luces en sus habitaciones, pero no se oia ruido ni rumor alguno.

Como lo habia practicado ya en otra ocasion, aproximé cautelosamente mi barca al puente, trepé sobre este y quise colocar las flores en la ventana; mas al hacerlo, mi mirada inquieta y recelosa penetró por las rendijas de la celosía, y al ver á María empecé á temblar. Hallábase sentada junto á una mesa de ébanó atestada de papeles, y á juzgar por su actitud triste y reflexiva, diríase que un pensamiento grave embargaba su imaginacion. El espectáculo me pareció tierno é interesante. La noche era oscura, y merced á esta casualidad podia observar todo cuanto sucediera en el interior de la habitacion sin miedo de que reparasen en mí. María estaba pálida y afectada: los dedos de su mano derecha sostenian una pluma de plata, que á la

sazon no corria sobre el papel, mientras que con la izquierda acariciaba distraida los sedosos y brillantes rizos que le caian con profusion sobre las sienes. Así permaneció un gran rato: el silencio era completo, y á manera que el minuterio del reló marcaba las horas con precisado compás, la frente de María se nublaba cubriéndose de una mortal palidez. De repente noté que sus ojos se llenaban de lágrimas, al mismo tiempo que trazaba algunas palabras sobre el papel: luego arrojó, ó mas bien dejó caer distraida la pluma dentro del tintero, y llevando sus dos manos á la frente dejó escapar un hondo suspiro.

—Qué tendrá!—pensé; y me puse á mirar con mayor atencion.

María cojió el papel en que acababa de escribir, y desde aquel momento no tuve mas que oidos para escuchar.

—Dios mio!—dijo antes de fijar la vista en los renglones.—¿Será posible que no pueda desechar su recuerdo de mi imaginacion? Qué es esto, Dios mio! qué es esto! Mi corazon está angustiado; no sueña mas que en él; y en todas partes cuando veo un hombre se me representa su figura. El jóven de esta tarde.... Pero qué necia soy! Pues no me agita todavía esa idea, despues que por confesion propia he sabido que.... y sin embargo! su voz, su figura, sus maneras.... Vamos, si es cosa de volverme loca! Ciertamente que de Ricardo al montañés hay una gran diferencia... Ricardo á mi lado no hubiera permanecido tan frio é indiferente. Pero, y si acaso lo hacia con estudio! Por ventura ¿el músico de la otra noche y el enamorado misterioso que cuida de adornar diariamente mis ventanas con flores frescas y olorosas, no pueden ser una misma persona? Y siendo esta persona tan entusiasta como el inspirado trovador de la otra noche, y tan solícita y tan tierna como mi misterioso jardinero, ¡qué mucho que mi corazon abrigue este recelo! En fin, ya está hecho.... Esta carta.... mucho me ha costado escribirla.... pero ella me sacará de dudas.... A ver, repasemos.... Es para un poeta, y no debe ir dictada con desaliño....

Al decir esto se puso á leer; pero no en voz alta sino con la vista. Tan inesperada reserva me contrarió grandemente, pues yo anhelaba en el fondo de mi alma enterarme del contenido de aquella carta.

Despues de haber hecho algunas ligeras correcciones, y de poner los puntos y comas que se le habian escapado al escribir de primera intencion, María plegó la carta, púsola el sobre y trató de sellarla.... Afortunadamente el lacre no parecia entre la confusion de papeles que cubrian la mesa, y esta circunstancia obligó á María á salir del cuarto.

Apenas se cerró la puerta tras de sí, cuando de un salto penetré en la habitacion; y, cogiendo la carta con avidez, á favor de la bugía que habia dejado mi dama leí precipitadamente lo que sigue:

“RICARDO.

“En el paquete que recibirá Vd. por separado no he podido espresar terminantemente mi pensamiento. No he tenido, (lo confieso) todo el valor

que para ello era preciso. Quisiera ver á V. para confiarle un secreto. ¿Será Vd. tan bondadoso que acudirá á mi llamamiento? Mucho espera de Vd. su leal y consecuente amiga

"MARIA."

Por grandes que fueran las esperanzas que mi corazón hubiese osado alimentar con respecto á María, nunca habrían llegado al punto á que el contenido de esta carta las podía llevar. El paquete que en ella se mencionaba estaba allí sobre la mesa, cerrado y lacrado, con sobre á mí. A su vista y despues de lo que acababa de leer, me entró un deseo tal de averiguar lo que decia, que, temblando de emocion, lo tomé en mis manos para abrirlo. En aquel momento llegó á mis oídos el crujido de las sedas del vestido de María. No habia tiempo que perder. Mas yo anhelaba enterarme del contenido del paquete, y dejarlo allí era renunciar á la satisfaccion de este deseo....

Horrible fué la lucha; pero al fin, viendo que un momento mas de vacilacion podia perderme, decidí llevármelo conmigo. Cuando yo ponía el pié sobre el alfeizar de la ventana, se abrió la puerta y apareció María.

—El!... exclamó precipitándose en mi seguimiento. Pero antes que pudiera reponerse de su primera sorpresa, ya habia yo saltado al puente y desde este á la barca, arrojando al cuarto mi ramillete de flores y comenzando en seguida á remar con brio.

—Oh! en valde, en valde es que así me huyas — exclamó la plateada voz de mi dama. — Por mucho que te envuelvas en el misterio, he de averiguar quién eres....

—Si Dios lo permite, señora, — contesté alejándome. — Mas EL os bendiga!

Mi barca habia salvado en pocos momentos una gran distancia; pero la ventana de María no se cerraba.

Tentaciones tuve de volver y descubrirme; reflexionando, sin embargo, que acaso no seria prudente sin haber leído su pensamiento escrito, salté en tierra y me precipité en busca del caserío. Cuando llegué á él era casi de día, y encerrándome en mi habitacion desdoblé el paquete.

Hé aquí su contenido.

"Consecuente, Ricardo, con lo que prometí á Vd. por mi carta fechada en San Sebastian, voy á dedicar á Vd. una elegía. Ello sí será chusco, porque no recuerdo que á ningún poeta se le haya ocurrido escribir sus elegías en prosa; pero como yo no sé hacer versos, y Vd. me ha dado el ejemplo de que se pueden tomar ciertas licencias tratándose de poesía sentimental, paréceme que no debo detenerme en abrir este nuevo campo al arte sublime por excelencia.

"Hecha esta salvedad para descargo de mi conciencia literaria, comienzo diciendo á V. que Zarauz no me ha parecido tan triste este año como los anteriores; y al consignarlo así, no solo me mueve el deseo de pagar á este pueblo una deuda de gratitud, sino tambien la idea de enal-

tecer la verdad, un tanto lastimada con la pintura que de él hacia á V. en mi carta anterior. Sí, Ricardo, confieso que en aquella carta fui muy injusta, pues de un pueblo en que se alfombran los suelos con la alegría de las flores, sin faltar á la justicia no puede decirse que es triste. Y no sería V. porque digo *con la alegría de las flores*. Tenga V. en cuenta que escribo una elegía, y por lo tanto que hablo en sentido figurado. Las flores de por sí son alegres ó por lo menos causan alegría, y le aseguro á V. que no fué pequeña la que esperímenté al pisar esta novedad introducida sin duda por algun alcalde celoso para agradar á los forasteros. Sin embargo, debo hacer una advertencia y es que la susodicha novedad solo duró un dia; aquel en que precisamente llegué á Zarauz. Y ya que trato de advertencias, vaya esta otra. Desde el dia mencionado, en vez de alfombrarse los suelos con flores deshojadas, se adornan los balcones con frescos y elegantes ramilletes. — El antedicho cielo del supradicho alcalde debe ser muy delicado pues sin duda ha comprendido que siendo alegres las flores, y estando el reino de las supremas alegrías en las alturas, debia elevar aquellas desde la tierra al cielo. Ignora si el cielo está en los balcones, pero teniendo en cuenta que por ellos asoman los ángeles para los enamorados, hay que convenir en que, el supradicho, reflexiona con rigurosa lógica. Una duda me ocurre, sin embargo. ¿Suele haber música en el cielo? Es verdad que V. no sabrá contestarme; pero yo he visto en sus inmediaciones ángeles rondadores cuyas armonías han venido á herir dulcemente mis oídos en las horas de poética meditacion.

"Comprendo que V. encontrará poco interés y menos novedad hasta ahora en mi elegía.

"Doblaré, pues, la hoja y comenzaré de otra manera.

"Usted sabe lo que es una romería en las provincias vascongadas? No? Pues yo le relataré todo cuanto presencié en cierta fiesta de esta clase á que asistí.

"Escuche V."

Y aquí empieza la elegía.

"Era una tarde apacible y hermosa. Multitud de jóvenes de ambos sexos, alegres y animados como los cervatillos en el bosque se entregaban con abandono á las inocentes diversiones de una danza campestre.

"De repente asomó por la llanura una brillante y lucida cabalgata de personas distinguidas, y al poco tiempo vióselas mezclarse entre los bailadores, que celebraron la ocurrencia con grandes voces y algazara.

"Los jóvenes vascongados no son hombres que se cortan ante una dama encopetada, menos aun cuando esta no ha tenido inconveniente en aceptar sus diversiones. Así es que no bien los de la cabalgata tomaron parte en la danza, cuando un montañés... (lo diré?) tan parecido á V. que me juré era V. mismo, se acercó á cierta dama invitándola para bailar.

"Ignoro si á la dama recordaria la cara del mon-

tañés alguna persona ausente como á mí; pero lo cierto es que palideció de tal modo que me llamó seriamente la atención. Picada mi curiosidad por este acontecimiento, seguí con la vista todos los movimientos de aquella pareja, y me pareció observar tanto entusiasmo en la jóven, que no solo era ella quien daba el impulso al valsar, sino que todavía se le hacia lástima dejar el baile cuando ya el tamboril habia cesado.

"Hay mas.

"Al comenzar la segunda danza esperó con impaciencia que el montañés fuese á sacarla, como efectivamente lo hizo. Pero no bien habian dado dos vueltas, cuando la dama se soltó de los brazos del jóven, y se retiró triste y abatida.

"Confieso que todo esto me tenia con viva curiosidad, y si hubiera conocido alguna persona amiga del montañés, acaso me hubiese decidido á hacerle una pregunta, pues que si grande era el interés que me causaba la aflicción de la dama, nó era menor el que sentia por la tristeza del vascogado....

"Desgraciadamente nos retiramos sin satisfacer este deseo, y solo me fué dado saber mas tarde por medio de una amiga mia del alma, que aquel no habia sido mas que un encuentro casual; pero que de resultas de este encuentro, que la dama habia creído ser en un principio el de otra persona á quien habia amado por puro pasatiempo, nació y se desarrolló en el término de pocas horas un amor tan vehemente, que, al verse separada de la persona amada, se apoderó de ella tal melancolía y se puso tan enferma, tan enferma....

"Pero no hubo mas.

"Aquí termino la elegía, porque de continuar hasta el fin, tendria que descorrer el velo del misterio, que es lo que constituye el principal mérito de esta clase de escritos, y mas se asemejaría á un drama patibulario que á una bien acabada elegía.

"Suya de corazon—MARIA."

—María! —esclamé como si esta firma me pillase de sorpresa.—¿Será posible que tu corazon abrigue para mí tanto cariño? Y no hay duda.... Oh! no hay duda que tú me amas, porque en esta carta, hábil y artificioosamente tratada como la que escribiste desde San Sebastian, se descubren, igual que en aquella, los sentimientos.

Sin embargo.... preciso es convenir en que sin lo que de tu corazon.... yo he visto y oído, este escrito me hubiera tal vez engañado... Tu talento es claro, vida mia! tu talento es claro... pero tienes un corazon que siente con exceso... y sabido es que cuando el corazon domina á la cabeza, el talento no sirve de nada... Quieres que me presente para confiarme un secreto... ¿Pero acaso este escrito deja algun secreto que descubrir? Dentro de cuatro dias me tendrás á tus plantas... (antes no, porque es preciso hacerte creer que he recibido la carta en Madrid por el correo) y una vez que estemos frente á frente yo me adelantaré á tu pensamiento para evitarte el sonrojo de una confesion penosa.

Reflexionando de esta manera cerré la ventana de mi habitacion, inundada ya con la luz del dia,

y busqué un descanso en el lecho para mi fatigado espíritu.

(Se continuará.)

LA ROSA.

DEDICADA Á DON JOSÉ C. BRUNA.

Nació una rosa entre flores
Cual la aurora refulgente
Con sus nítidos colores;
Pura como los amores
De una muger inocente.

El aljófar cristalino
Con que nace el bello dia,
Relucía diamantino
En el cáliz peregrino
De la flor de Alejandría.

Si el canoro ruiseñor
Cuando tierno gorgeaba
Le declaraba su amor;
La ennegrecía el rubor
Y su corola inclinaba.

Si el diáfano arroyuelo
Que por los campos corria,
Le mostraba sin recelo
Ese amor, mágico cielo
De la ardiente fantasia;

Muda la flor, temblorosa,
Entónces cual nunca bella,
Volviendo su faz hermosa
Se doblegaba la rosa
Al escuchar la querella.

¡Cuánta beldad y hermosura
Se guarece en una flor,
Cuando pródiga natura
Le presta su galanura
Y el inocente candor!

R. INFANTE Y GIL.

LA FLOR DE MI ESPERANZA.

SONETO.

Una flor cultivé que trasplantada
fué por mis manos de pensil florido,
logrando verla sobre tallo erguido
columpiar la corola nacarada.

Por esencia suave y aromada
ví su cáliz tambien enriquecido,
y entónces el corazon de gozo henchido
solo latió para su flor preciada.

¡Oh, cuán feliz me hallé! corrí afanoso
en mi seno á prender la flor hermosa
que do quiera mostrar pensé orgulloso....

Mas ¡oh dolor! burlando mi alegría
hado fatal, con mano rencorosa
la flor truncó de la esperanza mia.

J. M. BELLO.

ELEGIA.

FIDELIA.

*Et dans chaque feuille qui tombe
Je vois un présage de mort!*

MILLEVOYE.

Bien me acuerdo!—Hace diez años
Y era una tarde serena!....
Yo era joven y entusiasta,
Pura, hermosa y virgen ella!
Estábamos en un bosque
Sentados sobre una piedra,
Mirando á orillas de un río
Cómo temblaban las yerbas.
Yo no soy el que era entonces:
Corazon en primavera,
Llama que sube á los cielos,
Alma sin culpas ni penas!
Tú tampoco eres la misma,
No eres ya lo que tú eras,
Los destinos han cambiado,
Yo estoy triste y tu estás muerta!

* * *

Le hablé al oído en secreto
Y ella inclinó la cabeza,
Rompió á llorar como un niño
Y yo amé por vez primera.
Nos juramos fé constante,
Dulce gozo y paz eterna,
Y llevar al otro mundo
Un amor y una creencia!....
Tomamos ¡ay! por testigos
De esta entrevista suprema,
Unas aguas que se agotan,
Y unas plantas que se secan!....
Nubes que pasan fugaces,
Auras que rápidas vuelan,
La música de las hojas
Y el perfume de las selvas!
No consultamos entónces
Nuestra suerte venidera,
Y en alas de la esperanza
Lanzamos finas promesas;
No vimos que en torno nuestro
Se doblegaban enfermas,
Sobre los débiles tallos
Las flores amarillentas;
Y en aquel loco delirio
No presumimos siquiera,
Que yo al fin me hallára triste,
Que tu al fin te halláras muerta!

* * *

Después en tropel alegre
Vinieron bailes y fiestas,
Y ella espuso á un mundo vano
Su hermosura y su modestia.
La lisonja que seduce,
Y el engaño que envenena,
Para borrar mi memoria

Quisieron besar sus huellas;
Pero su arcángel custodio
Bajó á cuidar su pureza,
Y protegió con sus alas
Las ilusiones primeras;
Conservó sus ricos sueños,
Y para dicha mas cierta
En el vaso de su alma
Guardó el olor de las selvas;
Guardó el recuerdo apacible
De aquella tarde serena,
Mirra de santos consuelos,
Alóe de la inocencia.
Yo no tuve ángel de guarda,
Y para colmo de penas
Desde aquel mismo momento
Está en eclipse mi estrella;
Que en un estrado una noche
Al grato son de la orquesta,
Yo no sé por qué motivo
Se enlutaron mis ideas,
Sentí un dolor misterioso,
Torné los ojos á ella,
Presentí lo venidero,
Me ví triste y la ví muerta!....

* * *

Con estos temores vagos
Partí á lejanas riberas,
Y allá bané mis memorias
Con una lágrima acerva;
Juzgué su amor por el mío;
Entibióse mi firmeza,
Y en la duda del retorno
Olvidé su imagen bella.
Pero al volver á mis playas
¿Qué cosa Dios me reserva?....
Un duro remordimiento,
Y el cadáver de FIDELIA!
Baja Arturo al Occidente
Bañado en púrpura régia,
Y al soplo del manso Alicia
Las cólias arpas suenan;
Gime el ave sobre un sauce
Perezosa y soñolienta,
Se respira un fresco ambiente,
Huele el campo á flores nuevas:
Las campanas de la tarde
Saludan á las tinieblas,
Y en los brazos del reposo
Se tiende naturaleza.
¡Y tus ojos se han cerrado!
¡Y llegó tu noche eterna!
¡Y he venido á acompañarte!
¡Y ya estás bajo de tierra!....
Bien me acuerdo!—Hace diez años
De aquella santa promesa,
Y vengo á cumplir mis votos
Y á verte por vez postrera.
Ya he sabido lo pasado,
Supe tu amor y tus penas,
Y hay una voz que me dice
Que en tu alma inmortal me llevas.

Mas lo pasado fué gloria,
 Pero el presente, FIDELIA,
 El presente es un martirio....
 Yo estoy triste y tú estás muerta!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

(De la Isla de Cuba).

ELEGIA.

¡Que no tenga yo un elixir
 Para volverte la vida,
 Para dar brillo á tus ojos,
 Y á tu lábio una sonrisa!
 ¡Que no pueda con mis besos
 Calentar tus manos frias,
 Y hacer brotar con mi llanto
 Las rosas de tus mejillas!
 ¡Que te hable y no me respondas!
 ¡Que no sientas mis caricias....
 Cuando no há mucho que al verme
 Gozosa te estremecías!
 ¿Es posible que hayas muerto?
 ¿Estás acaso dormida?....
 Muerta estás!.... que si durmieras
 En sueños me escucharías!
 Muerta estás!.... y aquella falta
 En verdad que no era digna,
 De esta espiacion horrorosa,
 De esta pena inmerecida!
 Por culpable que hayas sido
 Derecho á existir tenías,
 Porque yo sé que eras buena,
 Y además jeras tan niña!
 Pudo la ley revocarse
 Si un alma el cielo queria,
 Y la segur destructora
 Herir mi cerviz altiva
 Pues castigar tus errores
 Es igual, amada mia,
 A hollar la violeta humilde
 Porque un suave olor prodiga.
 Yo al fin no aguardo por cierto
 Riquezas, glorias, ni dichas,
 Y donde está mi esperanza
 Mejor mi cuerpo estaria....
 Pero tú, ¡tú que espirando
 Suplicabas compasivas
 Que el fruto de tus amores
 Permaneciera á tu vista!
 Tú, mi bien, que suspirabas
 Por un poco mas de vida,
 Y con miedo de la tumba
 En mi seno te escondías!
 Ah! tú no debiste entonces
 En convulsion repentina,
 Estenderte sobre el lecho,
 Quedarte pálida y fria!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

(De la Isla de Cuba).

ELEGIA.

A JOSE FORNARIS EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

Fermossi al fin il cor che balzò tanto!

PINDEMONTE.

Ley es morir!—Es preciso
 Que encuentre asilo seguro,
 En el seno de una rosa
 El insecto vagabundo;
 Es preciso que descansen
 Peces, pájaros y brutos,
 Y que el polvo vuelva al polvo,
 Y el hombre baje al sepulcro.
 Aprende á sufrir:—Contempla
 Lo que pasa en torno tuyo,
 Y conociendo á la muerte
 No temas su golpe rudo.
 No te indignes porque venga
 Envuelta en manto de luto,
 Ni te amedrente su aspecto,
 Ni su voz te cause susto;
 No llores porque á las plantas
 Arrebate hojas y frutos,
 Y la blanca mariposa
 La flor que buscó en el musgo;
 No gimas porque te robe
 Lo que en verdad no era tuyo,
 Ni tiembles porque te quedas
 Abandonado en el mundo;
 Conformate con sus fallos:
 Y aunque el consuelo es muy duro,
 No hay árbol que dé mas sombra
 Que un sauce sobre un sepulcro!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

(De la Isla de Cuba).

SOBRE EL MAR.

*And now I'm in the world alowe
 Upon the wide, wide sea!*

BYRON.

Hinchaba el viento las lonas,
 La quilla espumas hollaba,
 Y en la popa tremolaba
 Orgulloso el pabellon;
 Y yo á la borda del buque
 Lloroso y meditabundo,
 Llevaba en mi mente un mundo
 De entusiasmo y de ilusion.
 La gaviota pasajera
 Las blancas alas batía,
 Y el sol entero se hundía
 Tras un cielo azul turquí

Y yo mirando al poniente
Suspiré en aquel instante,
Y al verme solo y errante
Me puse á pensar en tí!

Entonces ¡ay! como nunca
Lloré mi tiempo perdido,
Y lamenté arrepentido
Mis ignorancias de ayer;
Y maldije aquellas horas
De perversas amistades,
Y las locas mocedades,
Y el abuso del placer!...

Me acordé de muchas cosas
Que ya olvidadas tenía,
Y de aquel hermoso día,
En que yo te conocí;
Me acordé de aquellas noches
De baile y grato desvelo;
Y con la vista en el cielo
Me puse á pensar en tí!

Junto al mástil recostado
Cantando un marino estaba,
Que como yo se gozaba
En sentir y recordar;
Y devoraban las brisas
Sus quejas en el camino,
Que este es el triste destino
Del que canta sobre el mar.

Hablaban los pasajeros
De sus patrias diferentes,
De las nubes esplendentes
Que pasaban por allí;
De alguna vela distante
Que hacía nosotros venia....
Y yo entretanto, alma mia,
Me puse á pensar en tí!

Harto de penas y goces,
Vestida el alma de luto,
Juzgué que no daban fruto
Mis esperanzas en flor;
Y asido al árbol sagrado
De mis nobles pensamientos,
Te envié en alas de los vientos
Los suspiros de mi amor.

Apoyé la sien ardiente
En el hueco de la mano,
Y con la voz del Océano
Sosegado me dormí;
De mi ser apoderóse
Un suave y grato beleño,
Y aun en los brazos del sueño
Me puse á pensar en tí!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

(De la Isla de Cuba).

SONETO.

Dicen que cuando cubre la pureza
Una frente de virgen con su velo,

Suaves miradas le dirige el cielo
Y le dan las estrellas su belleza.

Pero si el vicio mancha su limpieza
Vertiendo en ella su funesto hielo,
Levanta el ángel de su guarda el vuelo
Y Dios torna á otro lado la cabeza.

Yo en el mundo soy jóven y soy pura;
Divino Salvador, Dios poderoso,
Contémpenme tus ojos con ternura
Y que el ángel me guarde cuidadoso,
Pues cayera á tus piés agonizante
Si tú al verme volvieras el semblante!

LUISA PÉREZ DE ZAMBRANA.

(De la Isla de Cuba).

DIOS Y LA MUGER CULPABLE.

(PASAGE DE LA BIBLIA).

Sentado en una peña
Inclinado á la tierra el rostro augusto
Y los largos cabellos estendidos,
En las arenas dibujaba el Justo
Signos desconocidos.

Ante él el pueblo airado
Castigo con furor le demandaba
Contra una misera muger impia,
Que su terrible ley apedreaba
Con bárbara alegría.

La multitud inquieta
Las voces con mas fuerza repetia;
Gime de horror la victima y de espanto,
Y él inclinada la cabeza en tanto
A nadie respondia.

Con magestuosa pausa
Al fin alzando la divina frente,
Al pueblo turbulento y agitado
Respondióle con voz omnipotente
Y acento sosegado:

—«Aquel de entre vosotros
«Que no tuviera culpa ni pecado
«Acuse con justicia inexorable,
«Y la primera piedra denodado
«Arroje á la culpable.»

Avergonzado el pueblo
Se alejó al escucharle, con presteza;
La victima besó sus piés gimiendo,
Y otra vez inclinando la cabeza
Siguió Dios escribiendo.

LUISA PÉREZ DE ZAMBRANA.

(De la Isla de Cuba).

ROMANCES.

LA ESPAÑA GODA.

DON RODRIGO.

Por un impuro deseo
vendes tu patria, Rodrigo,
y le ofreces tu corona
al africano atrevido;
que dejando sus arenas
y sus escabrosos riscos,
vendrá sembrando ruinas
hasta Guadalete limpio:
cual el rabioso torrente
de los montes desprendido,
que arrebatada en su corrida
las encinas de dos siglos;
¿no refleja allá á lo lejos
el alfange damasquino,
que exhalacion pavorosa
se muestra en rápido brillo?
¿No oyes el clarín guerrero
resonar en tus oídos,
y de la orgullosa alfana
los espantosos relinchos?
¿No ves escuadras sin cuento
inundando tus dominios,
sin que basten á estorbarlo
tu brazo y tu poderío?
¿No ves las bellas matronas
cuan inermes, sin asilo,
del vencedor vil despojo
para mengua del vencido?
Traidoras huestes te niegan
pasándose al enemigo,
que le falta tierra y cielo
al que á entrambos traicion hizo;
¡España, misera España,
mira en tu cuello el cuchillo,
y el humo de la ignominia
nublar tu esplendor divino;
ligó Witiza tus brazos
y trocar tus armas hizo,
en rústicos instrumentos,
en corvas hoces y picos;
y hasta sus hondos cimientos
los almenados castillos,
los robustos torreones
dejó en ruinas convertidos;
que en su estupor el tirano
es de sí propio asesino,
y cuanto mas se asegura,
asegura su exterminio:
en frágil concupiscencia
su heredero sumergido,
una tumba entre ruinas
te legó de su dominio;
mira tus prados sin flores,
y tu aurora sin rocío,
en tinieblas tu hemisferio,
y entre cadenas tus hijos;
sobre tu caduco solio,
de sangre goda teñido,
mira de la media luna
el fúnebre predominio;
y en su escabel una toca
de amor envuelta en los grillos,
y una lanza penetrante,
y un espejo quebradizo;

SETIEMBRE.

cierto presagio y emblema
de aquel insano delirio,
que convirtió el trono y cetro
en trofeo de sí mismo;
de aquel embrión de males
que entre horribles torbellinos
toda la naturaleza
desarraigó de sus quicios:
á refrenar tus pasiones
nunca aprendiste, Rodrigo,
y tu corona vendieron
al africano atrevido.

LA CAVA.

¿Por qué quieres tus agravios
castigar en toda España,
donde tu cuna tuviste,
donde fuiste fortunada?
¿Por qué si amor inspiraste
con tus hechizos y gracias
á los impuros deseos
no les volviste la espalda?
El brillo de la grandeza
que tus ojos deslumbraba
te hizo alimentar la hoguera
que abrasar debió tu patria.
¡Qué dulces son los halagos,
qué gratas las alabanzas
en la boca de los hombres
cuando el poder los ensalza!
¡Qué parteros los suspiros
que la inclinacion señalan,
qué halagüenos los requiebros
y qué blandas las miradas!
Mujer que quiere y no quiere
que adviertan que amor le agrada,
que pretende que la sirvan,
y si la sirven se agravia.
Mujer que disculpa busca,
y siempre disculpa halla,
pues solo encuentra la culpa
en quien se culpa en amarla.
Mujer en fin desdeñosa
para ostentar mayor gala,
empero de sus caprichos
siempre sierva, siempre esclava.
Mujer que cuando se mira
querida é idolatrada,
después que al amor se rinde
le pide al amor venganza:
así tú, sirena odiosa,
así tú, pérfida Cava,
sin evitar el peligro
á tu deshonor volabas.
Mas véngate solamente
del que tu tormento causa,
y no de España infelice
donde fuiste fortunada.

GUADALETE.

Vuélvele infante brioso
las riendas á tu caballo,
que ya no hay salud en lides
ni vencerán los cristianos.
Siete días, siete días

hay que la lid comenzaron,
y en siete días murieron
los mas leales y bravos.
Mira al infame D. Opas
con hueste infanda marchando,
no á batallar por los godos,
si á unirse á los africanos.
Mira al infeliz Rodrigo
en mis linfas anegado,
apagar su imparo fuego
en la nieve de mis brazos.
Que el volcan de sus pasiones
solo se miró apagado
cuando su solio y la vida
le arrebató el africano.
Mira en vez de gratas flores
de sangre cubierto el prado,
y lucir los capacetes
en vez de lucientes cascos.
Y los éstandartes moros
mira en Gíbalbin alzados,
esclavitud y ruina
la media luna anunciando.
Ya no hay salud, tú te libra,
que allá entre montes lejanos,
el levantar otra España
está á tu esfuerzo guardado.
Así dijo el Guadalete
al valiente D. Pelayo,
y él al escuchar sus ecos,
volvió la rienda al caballo.

DON PELAYO.

Riscos que me sustentais,
montes que sois mi defensa,
vuestras encumbradas frentes
hundid conmigo en la tierra.
Que yo por no ser testigo
de nuestra ruina y mengua,
quiero tambien con vosotros
para siempre hundirme en ella.
Mas no, que siento en mi pecho
un fuego que me enagena,
una rabia que me inflama,
y que de nuevo me alienta.
El cielo acaso dispone
que á las batallas sangrientas
vuelva animando á los godos
y á los africanos vengza.
Pocos somos, mas osados;
pocos las cruces sustentan,
mas pocos con Dios bastamos
para conmover la tierra.
Guerra do quiera se escuche;
por do quier repitan guerra;
y guerra clamen los godos
hasta que en las lides vengzan.
Dijo Pelayo, y la espada
empuñó su fuerte diestra,
y dejando á Covadonga
alzó de la cruz la enseña.
A su ejemplo toda Asturias
corrió á la santa pelea;
tembló el Africa, y la España
lavó su ultrage y su afrenta.

J. MIGUEL ARRAMBIDE.

EL PALOMO LADRON.

I.

¡Ay madre del alma mia,
acuda usted por favor,
que la mas bella paloma
del palomar se fugó.
En valde grito y la llamo,
que ya no escucha mi voz,
y va siguiendo á un palomo
por esos trigos de Dios.
—No la llames, hija mia,
es inútil tu clamor,
porque ha sido arrebatada
por un palomo ladron.
—¿Con que hay palomos ladrones?
—Sí, hija mia, es un horror,
ni las aves están libres
de esa mala condicion.
—¿Y cómo puede ser eso?
—Ahora á explicártelo voy,
vé y llama para que escuche
á tu hermana la mayor.
—Está en la reja cosiendo
al compás de una cancion,
y dice que no abandona
por un cuento su labor.

II.

—Hay hombres, niña, en el mundo
de tan aviesa intencion,
que del ser mas inocente
hacen un ser destructor.
De los sencillos palomos
con una y otra leccion
forman aves de rapiña,
aves que infunden terror.
Y enseñados por los hombres
van con instinto feroz
esos palomos robando
á la paloma mejor.
Cuando á su paso hallan una,
corren ligeros en pos,
y su cariño la espresan
con arrullo seductor.
Baten sus alas de nieve,
alzan su vuelo hasta el sol,
y envuelven á la paloma
en el lazo de su amor.
Y olvidadas de su nido
y de quien mas las amó,
huyen locas, hechizadas
por el palomo ladron.

III.

—¿Dónde está que no parece
tu hermanita la mayor?
Ni está en la reja sentada
ni se vé en su habitacion.
¡Ay niña! vete en su busca
que tambien la busco yó,
registremos de la casa
hasta el último rincon.
Atraídos por su canto
venían de dos en dos
los mas hermosos galanes

á rondar nuestra mansion.
Ay! Dios quiera que entre tantos
no haya habido uno traidor,
que con mentidas promesas
labrara su perdicion.
¡Quiera el cielo que tu hermana
no sufra acerbo dolor,
hija infeliz! si un perjurio
la ha robado el corazon.
Vamos, niña, y preguntemos
si la lleva algun raptor,
que tambien para las niñas
hay su palomo ladron.

V. M. M.

LETRILLA.

*Necessitas caret lege.
La necesidad tiene cara de herege.*

¿Por qué el tragon de Isidoro,
que en una comida sola
se zampaba antes un toro
con piel y cuernos y cola,
hoy cuenta por un tesoro
la ensalada de escarola
y dice que está muy hartó?
—Porque se vé sin un cuarto.

¿Por qué el noble Don Pascual,
que tuvo por cosa vil
el trabajo material
del herrero y albañil,
con el aire mas formal
hoy comprándose un mandil
se ha puesto á tejer esparto?
—Porque se vé sin un cuarto.

¿Por qué Doña Violante,
que allá cuando primeriza
era tan antojadiza
en su estado interesante,
hoy con nada simpatiza
ni se le antoja un guisante
en las vísperas del parto?
—¡Porque se vé sin un cuarto!

¿Por qué el Sr. Don Macario,
que en el lance mas insulso,
al médico y boticario
llamaba triste y convulso,
hoy es ya tan temerario
que á nadie entrega su pulso
ni repara en un infarto?
—¡Porque se vé sin un cuarto!

¿Por qué Don Gil, que valiente
no ha mucho que blasonaba
de ser mas independiente
que una pantera de Java,
hoy ya no está como estaba,
y ante cualquier asistente
se arrastra como un lagarto?
—¡Por que se vé sin un cuarto!

¿Por qué el cesante Gorgojo,
que por sus hados crueles
á mas de cesante es cojo,
sin ser el cojo Manteles,

manifiesta tanto arrojo
cuando las pagas son fieles
que vá el primero al reparto?
—¡Porque se vé sin un cuarto!

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

EPIGRAMA.

Una carreta Fernando
de sus padres heredó,
y aunque no se enriqueció
ya tiene... para ir tirando.

V. M. M.

EL RETRATO.

Quiero hacer tu retrato,
cándida niña,
y para hacerlo elijo
las seguidillas;
porque son ellas
como tú cariñosas,
dulces y sueltas.

No intento aunque te enfades,
pintar tu rostro,
pues todo el mundo sabe
que es muy hermoso.
Unos lo han visto,
Otros, menos felices,
lo habrán oído.

No me muestres ufana
gallardo el talle,
porque su gracia, oh niña,
¡quién no la sabe!
¿A qué pintarlo
si el laurel y la palma
son sus retratos?

Clavas en mí tus ojos...
¡ojos azules!
¿me miras porque pinte
tu mirar dulce?
Tus ojos bellos
están en todas partes
donde está el cielo.

No es el rostro, ni el talle
lo que yo busco
para hacer tu retrato:
de esos hay muchos.
Busco la bella
forma del alma pura
que en tí se encierra.

Tú apartas el semblante
medio risueño,
y al volver la cabeza
me haces un gesto.
Y dices "anda,
¡cómo puede, Dios mio,
pintarse un alma!"

El corazon es, niña,
Dagarreotipo
que del alma refleja
los rasgos vivos.
Entera el alma
es en los corazones
donde se estampa.

Si uno, por retratarte,
retrata y copia
tu mas rico vestido,
todas tus joyas;
tú al contemplarlo,
¿qué opinion formarias

de ese retrato?

La hermosura del cuerpo
es pompa vana,
adorno fugitivo,
moda que pasa:
mas la hermosura
de un alma casta y tierna
no pasa nunca.

Te dirán "¡qué cabellos!"
"¡qué tez!" "¡qué lábios!"
"¡qué talle!" "¡qué sonrisa!"
"¡qué pié!" "¡qué manos!"

Así te ensalzan...
mas dí, cuantos te han dicho:
"¡oh Dios! ¡qué alma!"

Quiero hacer tu retrato,
cándida niña;
el retrato del alma
que en tí se anida.
Fácil tarea:
es sencilla y humilde
y alegre y buena.

JOSE SELGAS.

A LA MUERTE DE UN AMIGO.

Fuiste el amigo de mi edad primera,
Amistad nos unió, pura, inocente;
La esperanza brillaba en nuestra frente
No conociendo del mundo la quimera.

En él entónces los placeres vimos,
Sendas sembradas por do quier de flores,
Unimos mas y mas nuestros amores
Y muchos años sin dolor vivimos.

Mas estos, transcurrieron diligentes;
La imágen del Eden que nos guiaba,
De día en día la máscara arrancaba
Agostando el candor de nuestras frentes.

De pronto aquella senda oscurecióse,
Ante nosotros en vez de bellas flores...
Con espanto á la vista presentóse
Un desierto, no mas, con sus ardores.

Pensamos no cruzar aquel camino,
Al pasado volver locos tratamos;
Arrastrados allí del torbellino
En vano por volver atrás luchamos.

Despues, cruzando los revueltos mares
Viste tu barco combatir las olas,
Recordabas tu pátria, tus cantares,
Lejano de las playas españolas.

¡Ay! Para siempre de España te marchabas!
¡No he podido otra vez siquiera verte!
¡En volverme á abrazar siempre pensabas....
Y lo vino á impedir al fin.... la muerte!

¡Si puedes escuchar esta voz triste
Del amigo leal que por tí llora....
Responde por favor, dile que existe
Una vida do estás consoladora!

ANGEL MENENDEZ LLOVERA.

LA AMISTAD.

A mi querida amiga la Srta. Doña J.R. y J.

Existe un sentimiento delicado
del alma en lo interior, tierno y profundo,

que nunca en los vaivenes de este mundo
ni se borra ni sufre variedad:
sentimiento tranquilo y cariñoso
que engendra acciones nobles y eternas,
y de bálsamo sirve á nuestros males;
tal es, hermosa mia, la *Amistad*.

Amistad! grato nombre; dulce emblema
del fraternal cariño, puro y santo:
ella los hombres une con encanto
sin pararse en edad ni condicion:
para ella no existen diferencias
ni en sexo, ni en creencias, ni opiniones:
no distingue de razas ni naciones;
todo lo allana su infantil pasión.

Tal vez en el amor pueden gozarse
emociones mas fuertes y ardorosas;
mas no son como aquellas candorosas,
ni cual ellas alcanzan á durar;
prontamente en amor viene el hastío;
prontamente tambien suele romperse;
inconstancias en él llegan á verse,
y presto se le mira declinar.

Una cana quizás, alguna arruga
concluyen el amor antes mas tierno:
llega de la vejez el triste invierno,
y el amor ya no puede subsistir.
Triste cosa en verdad, es ver los hombres
lentamente observar la propia marcha
que observa el árbol con la fria escarcha,
sin que puedan su imperio resistir!...

Tú que eres niña y á vivir empiezas
y no has sufrido del amor los tiros,
no comprendes tal vez estos suspiros
que exhala mi gastado corazon:
tú que eres hoy alegre y cantas siempre
gratas canciones con tu voz sonora,
no comprendes por qué, lo que es ahora,
debe dejar de ser, en mi opinion.

Mas no importa, querida; canta alegre
ya que tu corazon á ello se presta:
no quiero de tu alma la floresta
marchitar con la triste sequedad;
y si en amor hallases algun día
que es mi triste opinion verdad notoria,
acuérdate de mí; y en mi memoria,
conságrate, bien mio, á la *Amistad*.

F. DE LA E. Y E.

CONSUELO.

I.

¡Fuego! ¡Fuego!... y nadie acude,
Mudas están las campanas.
¡Fuego!... y la gente se rie,
¡Fuego! y riéndose pasa.
Mientras los ojos de Inés
Tan ardientes chispas lanzan,
Que á voces están diciendo
Este corazon se abrasa.

II.

¡Ladrones! duerme el sereno,
Los vecinos y la guardia.
¡Ladrones!... y nadie acude.
¡Ladrones!... nadie se alarma.
Mientras á la pobre Inés
Dentro de su misma casa
Y en presencia de su madre,
Le han robado toda el alma.

III.

Ayer, Inés, me contaron
Tu tristeza y tu desgracia,
Y por si buscas consuelo
Oye estas cuatro palabras:
Dice un libro muy antiguo
Titulado "Dicha humana"
Que las tristezas se curan
Mirando correr el agua.
Y pues tú tienes dos ojos
Y llanto en ellos no falta,
Ríete Inés de tus penas
Mirando correr tus lágrimas.

IV.

Llora Inés; pero yo creo
Que lo que llora no basta,
Porque el fuego de los ojos
Llorando mucho se apaga.
De sus penas no se rie,
Y es porque no se le alcanza
Que no pueden tener penas
Los que se quedan sin alma.

José SELGAS.

Habana, Julio 12 de 1859.

Voy á dar á Vds., Sres. Redactores de LA MORA, cuenta en breves líneas del estado en que nos encontramos por acá en punto á diversiones, materia que si no ha de influir mucho en el porvenir del mundo, paréceme un tanto interesante para tratada en un periódico como el de Vds. que tiene la dicha de circular en el antiguo como en el nuevo continente, en particular entre aquellos individuos cuyos dias trascurren en mucha parte ocupados en cosas agradables, y que por lo tanto no se disgustarán de saber los de allá como se divierten por estas latitudes, y los de acá tambien cómo lo hacen,

porque, en honor de la verdad, no son siempre los que se divierten los que mas saben por qué se divierten.

Estamos en pleno verano, lo cual quiere decir que hace ya algun tiempo que ha comenzado la *temporada*. Saben Vds. lo que es la *temporada*? La temporada quiere decir aquí la época mas divertida del año. En Europa la gente elegante, esa esfera elevada que vive para el placer, toma el verano como una tregua á las continuadas fiestas y á los goces del invierno, y segun tengo entendido, aunque se retira á los baños ó al campo, solo trata de divertirse por hacer algo; pero ansia constantemente por la vuelta de las nieves, el granizo y demás acólitos del invierno, no porque desee contemplar los efectos naturales de este, si porque el ruido del granizo y la caída de los copos, son, por decirlo así, la orquesta á cuyo son se abren las puertas de los tapizados y *comfortables* salones del gran mundo.

Aquí sucede todo lo contrario, si bien en invierno con un frio que allí dirian primaveral y que á nosotros se nos figura mayor que el de las latitudes polares, si en invierno, decia, nos complacemos en vestir el traje de paño y en envolvernos en talmas, montecristos y raglans, apenas asóman en el horizonte los patos de Florida, solo damos á los sastres esta ganancia para lucir en la ópera. La ópera, único espectáculo propiamente dicho que tenemos en el espacio de un verano á otro, y solo aliciente capaz de hacer salir de casa á nuestras bellas que de otro modo pasarían desde Octubre hasta Abril encerradas en casa envueltas en sus mantas é intercalando entre dos bostezos un suspiro para la temporada.

Llega esta y no hay padre que no sea mimado ni mamá que no sea obedecida sin chistar: es necesario complacerlos para abordar sin temor de una negativa la cuestion vital; es necesario tomar casa en uno de los pueblos circunvecinos, y tomarla con anticipacion porque cada dia escasean mas.

¿Qué ir y venir es ese de carruajes por las calzadas? ¿Quién va en esa *volanta* que arrastra un magnífico trio de *tierra-adentro*? Es la familia M** que vá á las Puertes. ¿Y aquellas quiénes son? Las de N** que se trasladan á Marianao. Los vapores de la bahía que van á Regla y los trenes del ferro-carril que de allí conduce en ocho minutos á la villa de Guanabacoa, camino que poco ha aun era de hora y media, no cesan de trasladar familias á la villa de los saludables baños y de las lomas de esmeralda.

Instalada ya los temporadistas, lo tengo muy observado, trascurren unos dias sin que nada indique que ha empezado la verdadera época de las diversiones en la Habana, es decir, en los alrededores de la Habana. Es el momento que precede á la batalla, la calma que antecede á la tempestad, la *toilette* del gladiador que baña sus membrudas formas con aceite. Pero luego....

Los *asaltos* no se hacen esperar, y una vez empuñada la accion, estas se suceden sin tregua.

No me detendré en explicar á mis lectores de allende lo que es un *asalto*, porque ya habrán adi-

vinado que un asalto es una *sorpresa* que se da á alguna familia que toma cómodamente el fresco en los portales de su habitacion veraniega por una falange de jóvenes alegres que á la voz de *baile*; y cuenta que este grito de guerra es aquí acatado como el Alá de los musulmanes, invaden precedidos de una orquesta la plaza descuidada.

Lo que tal vez no sepais vosotras, yo escribo para *ellas*,—las que leéis LA MODA allí de donde la moda sale, y lo que voy á deciros al oído, porque esto es un secreto, es que los asaltos son siempre como las batallas de Méjico.

Los boletines de las batallas de Méjico se están publicando dos ó tres meses antes que estas se den.

Comprendeis? pues adelante, y guardad el secreto.—

Muchas acciones se han empeñado desde que comenzó el verano; pero como lo primero es lo primero, y voy á empezar dando cuenta de la que, por decirlo así, inició la temporada, que aunque algo vieja, no ha sido todavía olvidada. Ni cómo olvidarla?

Muchos días y muchas noches habia ocupado la imaginacion de la juventud habanera la perspectiva de una fiesta. En el cerebro de varios jóvenes bulló el pensamiento de atacar en son de baile la preciosa casa que habita en el Cerro una familia distinguida. Como chispa eléctrica cundió la nueva y nuestra sociedad la hubo de acoger con tal calor, que no esperaban los franceses con tanta impaciencia la primera batalla que habia de traerles el triunfo de las armas franco-italianas sobre las del águila austriaca, como ella el día señalado para el asalto.

Llegó por fin, que todo plazo ha de cumplirse, el 11 de Junio, y si su aurora fué saludada con las sonrisas de satisfaccion de muchas hermosas, la hora postrera, la que precede á la noche, es indudable que hubo de ser mejor recibida, porque la rápida carrera de cien carruages no habia de tardar en trasladar á las puertas de la casa del Sr. Valera y su apreciable familia á otras tantas deidades y á un número no menos crecido de individuos de este nuestro sexo que, cumpliendo su destino, va siempre en pos de esa mitad del género humano que tanto y tanto abusó de su fuerte y poderosa debilidad.

No se hubieron de hacer por el ejército asaltante los preparativos de la batalla con tanto sigilo que el enemigo no se pudiera poner en actitud de defensa, ni era la guarnicion de la fortaleza gente que se para ante una acometida. Esperó, pues, á pié firme la embestida.

Serian las nueve de la noche cuando, unos en pos de otros, carruages venidos de muy opuestos rumbos comenzaron á detenerse al pié de la escalinata que conduce á la entrada de la fortaleza y á depositar, como aves que depusieran perlas para formar fantástico nido, tan bellas amazonas, de tal continente, que bastaba el certero disparo de sus dardos para franquearles la entrada, sin mas resistencia que la que oponer puede un ramo de flores. En efecto, en graciosa, ancha pirámide se elevaban, á guisa de trofeo á la derecha de la puerta,

centenares de *bouquets* fragantes, y bellos, que recibian las asaltantes al poner el pié en lo alto del muro de manos de los generales que defendían la puerta, Ramirez, Orue, Ventosa, Alfonso, Fascenda y Colon, cuya maquiavélica política habia originado el rompimiento de hostilidades.

Les perdonarian las combatientes tantas *desgracias* por un ramo de flores que, como un cocuyo al pasar á la luz, palidecían al verse prisioneras de flores mas bellas, de perfume mas fragante, de encantos mas irresistibles?

No, por Dios, que el combate fué terrible y la traicion manifiesta. Fingirse vencidos, afectar una derrota, y luego, cuando confiada en su triunfo descansaba sobre sus laureles la hueste contraria, sorprenderla, lanzar contra ella los mortíferos proyectiles de una danza, y danza de la orquesta "Delicias de Colon," es accion poco generosa.

Pero qué murmullo se levanta en derredor! qué quieren decir esas sonrisas contenidas?

Ah! ya entiendo, os mofais de mi credulidad? Necio de mí que creia la resistencia verdadera. Con que todo era fingido? Con que unos y otros luchaban.... por ser vencidos? Sea enhorabuena.

Pero quienes la consiguieron? Juzgar por lo que sigue.

Las jóvenes Orue, Ramirez etc. en una palabra, los galantes dondeles que daban su saludo á las bellas envuelto en flores, no cesaron de portarse como quienes son, y dieron á la faz del mundo el ejemplo de cómo se dirige un asalto. Dos de ellos, en comision, pusieron en manos de las señoritas de la casa un ejemplar impreso con notas de oro de hermosa cartulina, de una danza que les estaba dedicada con el título "El 11 de Junio," y que no tardó en resonar despues de un delicioso *pot pourri* que egecutó la orquesta. A esta danza sucedió otra y otras interpolándose alguna polka y un vals, y pocas, muy pocas dejaron de entregarse al baile.

La segunda hora de la mañana marcaba el reloj implacable del tiempo, y el vertiginoso compás de un vals que sin transicion siguió á una danza despótica daba fin á una fiesta que todos hubieran visto comenzar de nuevo con placer.

La memoria de un cronista que no acepta el estéril papel de observador pasivo, no puede retener sino en confuso tropel los detalles del bello espectáculo que arrolló sus sentidos por espacio de unas horas que pasaron como minutos. Sin embargo, trataremos de presentar un bosquejo del cuadro que se desplegaba á la vista deslumbrada al poner el pié en el salon.

Figúrese un delicioso *parterre*, en que pródiga naturaleza hubiera reunido sus obras mas preciadas.

Figúrense allí dos joyas tropicales, las niñas de la casa. Las Srtas. Valera realizando sus gracias con *toilettes* de un gusto delicado; ved á la seductora Rita Lamar, que vestia de rico punto de seda salpicado de estrellas de plata sobre gró celeste, y comprendereis que los hombres hagan locuras; mirad á la de Arange, cuya blanca sien orna brillante diadema y cuyo traje blanco y celeste pa-

rece complacerse en prestarle nuevos éncantos; dirijir la vista á ese hechicero grupo formado por las niñas de Ramirez; qué conjunto tan delicioso! una de ellas viste doble falda de gró color de rosa y su alba frente ostenta luciente diadema; los vestidos de las otras dos son de gró blanco y azul doble falda, y sus abundosos cabellos ciñen hilos de perlas, que se esfuerzan por no deslucirse al querer realzar lo que realzarse no ha menester. ¿Veis ese encantador pimpollo de mirar de gacela, verdadera joya americana, ante la cual todos se detienen extasiados? Es la niña de Vizcarrondo, boton de rosa, cuyo solo perfume embalsamaria un desierto. ¡Como decia con sus casi infantiles gracias el rosado color de su elegante trage de gasa y de su graciosa berta con lazos del mismo color! ¡Cual llamaba la atencion una doncella, blanca como el ampo de la nieve, poética como una tarde de primavera y esbelta como la palma tropical! era Concha Castro, cuya falda de glase color de cielo, velaba una sobresa de punto de seda blanco y cuya castaña cabellera ornaba un elegante peinado de rosas. Las Srtas. de Andreu parecian dos preciosísimos jazmines en medio del elegante *bouquet* que representaba el salon; ajustaban sus esbeltos talles, vestidos de tul de color de junquillo, sobre moiré blanco, con bertas á la Maria Antonieta, y embellecian sus cabellos, como el ébano negros, graciosos adornos de florecillas verdes y doradas como la espiga del trigo. Allí estaba la reina de las trigueñas, la seductora Matilde Vega; vestia de blanco y rosado, y yo no sé que á nadie esté mejor el rosado que á una trigueña como Matilde Vega. La graciosa Srta. de Bachiller estaba elegantísima con su trage de tarlatana blanca con lluvia de plata y adorno rosado y verde. Maria de los Dolores Valera, ¡hermosa muger! ostentaba un rico vestido de gró color de oro, con adornos de raso blanco.

¿Y qué memoria podria detener tanta variedad de trages, tales y tan diversos adornos como embellecian á otras y otras muchas doncellas? Los que asistieron esa noche á la casa del Sr. Valera comprenderán mi mucha insuficiencia para dar detallada cuenta de las innumerables beldades que en doble hilera inundaban los dos salones. ¿Cómo describir en un folletin ampliamente los atractivos de las Rodriguez Reyes, las de Barinaga, Amalia Piñeiro, las Garcia, las de Toscano, Romy, Fernandez, Valera, Gonzalez, Alvarez y muchas mas cuyos encantos retiene nuestra mente; pero cuyos nombres no recordamos?

Pero lo que no olvidamos, ni olvidar podrá ninguno de los concurrentes, es la franca y cordial cortesania de la familia Valera, la esquisita atencion con que hizo los honores la amable Sra. de la casa, que á todo estaba atenta y que cuidó con especial esmero de que todos participaran de los delicados sorbetes, el champagne y los sabrosos dulces que circularon con profusion.

Esta es, en desaliñados renglones, la historia de una noche que fué manantial de placeres y conten-

para los que pisaron el umbral de la elegante morada del Sr. Valera.

Y como quiera que no pretendo ocupar yo solo todo vuestro periódico, doy aquí punto, dejándome en el tintero, con mucho pesar mio, una série de fiestas veraniegas que se han sucedido sin intermision y cuya descripcion dejaré para otra vez.

C. MENDOZA.

REVISTA DE MADRID.

Tres quejidos.—Esto es derretirse.—Lo que se hace en Madrid en verano.—Capricho de un amigo.—Cuento á pelo.—La camisa del hombre feliz.—Consecuencia del cuento.—Una mujer sudando.—Perspectiva cortesana, bajo treinta y seis grados de calor.—Se fué la Ugalde.—Circo de Caballos.—Espectáculo de hombres.—Escándalos nocturnos.—Humorada de un escritor.—Drama á puerta cerrada.—Niños y caballos.—Incendios.—Tempestades.—Desgracias.

¡Af! ¡of! ¡uf!

Hé aquí para lo único que me he sentido con valor durante este bendito mes: para lo único que he abierto mis secos labios, porque decir otra cosa seria una completa tontería.

¡Qué sol, hijos del Senegal! ¡qué sol!

No hay medio de soportarlo, de vivir bajo su presion, de arrostrarlo con tranquila, serena é imperturbable mirada, ni aun á través de un muro con catorce pies de espesor. Esto no es vivir, es morir desgastado como un trozo de mantequilla de Soria, puesto cerca de una gran fogata.

¡Sudar el quilo!

Hé aquí toda la poesia del verano en Madrid! No comprendo como hay mujeres que se decidan á arrostrarlo con la misma impavidez que si se comiesen una rosquilla ó un merengue.

¡Una mujer sudando!

¡Horror! ¡horror! ¡y treinta veces horror!

—Y por qué? me interrumpe un amigo que tiene la impertinencia de estar viendo lo que escribo, recostado en el respaldo de mi silla.

—¿Y por qué? le contesto: ¡pues hombre! era cuanto me quedaba que ver! Una mujer sudando! ¡Santo Dios! primero me casaba con una osa.

—Pues chico, hé aquí lo que son los caracteres: á unos gusta lo que disgusta á otros: en unos es pesar lo que en otros alegrías, y así sucesivamente. Y digo esto, porque precisamente todos mis sueños, mis afanes, mis deseos, se reducen á lo mismo que tú rechazas, á lo mismo que te causa calambres y calenturas tifoideas, y tercianas y cuantas calamidades han afligido y afligen á la humana naturaleza: á encontrar una mujer que sude.

—Mira, vete de aquí.

—¡Hombre! ¿y por qué no has de ser tolerante? ¡ojalá se me presentase ahora mismo! te aseguro que como una fiera me lanzaba á ella, la cojía, la

maniataba, y cádate á un hombre hecho feliz.

—¿Feliz? estás seguro que lo serías?

—Sí, chico, sí, hasta la saciedad.

—Voy á probarte que nó, en brevísimas palabras.

Habia en la antigüedad un príncipe que á mal con cuanto en la tierra existía, no hallaba medio de distraerse ni curar su horrible misantropía, á menos de no aceptar el modo de ser completamente feliz.

Sus servidores, como es muy natural, estaban aburridos y desesperados, porque la verdad es, que el mal humor del amo recaía sobre ellos como lluvia de maldicion, cosa que ninguna gracia les hacia. Todo, pues, era inútil para distraerle: todo perjudicial para no aburrirle mas.

Y así se pasaban los dias y con ellos la esperanza de salvarle, cuando acertando uno á presentarle un mago de gran fama en el pais, y sobre todo enterado de la manía del príncipe, se entabló entre ellos el diálogo siguiente:

—Dime ¡oh tú! á quien las estrellas revelan profundos arcanos y á cuya voz el oráculo no oculta ninguno de sus misterios, ¿qué haria yo para ser completamente feliz?

—¿Qué harías, dices? ¿pues qué te falta? ¿Pesees tierras?

—Mas que alcanza la vista de cien vasallos colocados sobre la cumbre de esas gigantescas montañas.

—¿Tienes ganados?

—Hubieran saciado por todo un mes el hambre del pueblo hebreo al atravesar el desierto.

—¿Mujeres?

—Me aman tantas, que podria formar con ellas el oasis mas encantador que soñó nunca la fantástica imaginacion de Mahoma.

—¿Vasallos?

—Poblaría con los que acatan mis leyes, toda la inmensa region de los mares.

—¿Palacios?

—Los de las *Mil y una noches* son miserables tugurios ante su asombrosa magnificencia.

—¿Recreos? ¿placeres?

—No: porque nada de lo que tengo me distrae: nada de cuanto te he indicado me causa la mas pequeña felicidad.

—¡Ah! pues á cuán poca costa puedes ser feliz!

—¿Qué dices?

—Lo que has oido.

—Habla, habla; y todo cuanto poseo es tuyo, si hallas el medio de proporcionarme la realizacion de ese sueño, que es mi única y constante pesadilla.

—No quiero nada de cuanto me ofreces, porque mi conato solo se reduce á proporcionar el bien á mis semejantes. Ahora, escucha. Halla el medio de ponerte *la camisa de un hombre feliz*, y está conseguido todo.

—¿La camisa de un hombre feliz? ¡Ah! entonces la felicidad es mia.

—El Señor lo quiera.

Y poco despues, el mago abandonaba la man-

sion de las tristezas y la ambicion de un hombre.

Y aun no habria pisado los últimos peldaños de la escalera, cuando ya en el palacio era todo bullicio, animacion y escándalo promovido por el deseo del príncipe, de que se le buscara en cualquier parte del mundo la camisa de un hombre feliz.

Y así sucedió.

Palafreneros, criados y multitud de vasallos partieron en el instante para lejanas y apartadas tierras, ansiosos de ser los primeros en traer para su misántropo dueño, la tan ansiada y estravagante felicidad.

Pero se pasó el tiempo y con él las esperanzas de todos los servidores, que á medida que llegaban, iban arrancando al pobre príncipe las frescas hojas de sus floridas ilusiones.

Un día, por fin, debia llegar el último que faltaba: el príncipe habia llamado al mago, y el mago obedecido el deseo del príncipe.

—¡Ah! ¡es el postrer desengaño que me aguarda!

—No, todavía no, le contestó el mago: ten confianza en mí, y sobre todo, en el vasallo que aun resta por aparecer.

—Pero ¿tú crees que podré satisfacer este pueril deseo de mi ambicion?

—¡Y cómo nó! ¿eres por ventura tan difícil que exista en el mundo un hombre feliz? El aparecerá: y si nó, nosotros mismos saldremos en su busca.

Las pisadas de un caballo resonaron entonces á lo lejos. El príncipe se estremeció, lanzándose como un loco á una ventana, desde donde su vista ansiosa se extendió en todas direcciones.

—¡Él es! ¡él es! pero nada trae, dijo con sombría y desfallecida voz.

Efectivamente, el viajero acababa de aparecer y penetrar en la régia mansion, como un hombre acusado del crimen de herejía. En esto se oyen murmullos en el dintel de la puerta.

El príncipe fija su atencion, y nota con asombro ser el viajero que hablaba de una manera extraña con un hombre desconocido.

Poco despues el viajero y el desconocido, compa-
recian á la presencia del príncipe.

—Señor, señor, le dice lleno de la mas completa satisfaccion: lo que en todo el mundo se ha hallado, acabo de tener la inmensa dicha de encontrar en el mismo dintel de vuestro palacio.

—¿Qué? acaso....

—Sí, señor: ¡hé aquí á un hombre completamente feliz!

El príncipe lo miró asombrado.

El mago se sonrió.

—Con que tú.... ¿eres completamente feliz?

—Sí, señor: os lo puedo jurar por la santa memoria de mis padres.

—Es decir, que si yo te ofreciese tesoros, placeres, recreos....

—No los aceptaria, señor, no los aceptaria; mi pobreza y la completa abstraccion de todo mal sentimiento, es lo que me dá tranquilidad y prudencia: así que, puedo aseguraros que hace mucho tiempo soy un hombre completamente feliz.

Y el hombre calló.

Pero en tan mal hora habia hablado, que aun el eco de su voz vagaba por la estancia, cuando ya se hallaba tendido sobre el pavimento medio alherreoado por las convulsas manos del príncipe y algunos de sus adictos servidores, que en el acto empezaron á desnudarlo.

Y á poco ya quedaba desnudo.

Pero, oh dolor! oh sorpresa! oh desesperacion!

El hombre feliz NO TENIA CAMISA!

El príncipe entonces comprendió que la felicidad es una paradoja que el hombre se crea á medida de su deseo.

Ya ves, amigo mio, cuan difícil es poseer la felicidad á costa de otro.

—Perfectamente, Mobellan querido, perfectamente; el cuento me ha parecido bien, todo lo bien que puede parecerme una cosa: pero si he de decirte la verdad, maldito el efecto que me ha hecho, con respecto á convencerme del negocio de la mujer que busco.

—Conque ¿persistes en tus trece?

—Con alma, vida y corazon. Y tanto es así, que encontrándome en la mismísima posicion del príncipe, no desistiré de mi idea hasta que como á él, llegue el desengaño á quebrantarme la ilusion de medio á medio.

El buscaba la camisa de un hombre feliz! yo una mujer que sude: me parece que bien mirado, nuestra ambicion no habia de espantar ni á un judío.

—Pues chico; lo de la camisa podria ser difícil; pero lo de la mujer ya es harina de otro costal. En este mes podias haberte casado en Madrid con todo el género humano femenino.

—Lo dudo; y tanto es así, que al fin y al cabo veo me tengo que tomar la molestia de explicarme. Sí, yo deseo una mujer que sude, ¿entiendes? PERO QUE SUDE ORO: he aquí la razon por la que todavía no la he encontrado.

—Ah! eso es otra cosa! Pues esto ya es mas difícil que lo de la camisa del hombre feliz. Sudar oro! te aseguro que de poderlo hacer, lo que es en Madrid, no habia ya un solo pobre á estas fechas. Qué calor, Dios de Israel! qué calor!

Las casas parecen tumbas: las entrecerradas puertas, escondrijos de animales dañinos: las calles, cauces de plomo hirviendo: las gentes, almas escapadas del purgatorio.

No hay, pues, medio de refrescar, de refrigerarse, de respirar un solo átomo de viento.

Y sin embargo, la gente ha acudido solícita y presurosa al teatro de la Zarzuela donde ha actuado la compañía francesa, representada por la célebre actriz Sra. Ugalde de quien ya os di noticias.

La Sra. Ugalde ha cumplido muy bien: no así los demás artistas que la acompañan, que ni en declamacion ni en canto podrán nunca llegar á donde los nuestros llegan.

A pesar de todo se les ha oído con placer y con todo ese asombroso valor que solo los hijos de la coronada tienen para meterse en un teatro, cuando en los parajes mas frescos hace treinta y cinco grados de calor.

Aunque á decir verdad, no ha sucedido lo mismo en el circo de caballos, ó sea de Mr. Price.

Situado casi en el campo y con solo una cubierta de lienzo por techado, el circo de que os hablo, además de su gran estension, ha tenido la ventaja de mantenerse á cierta temperatura de agradable fresco, que ni en los picachos mas altos de Madrid.

Lo cual, unido á una compañía cuyos ejercicios han causado verdadero asombro, ha hecho que todas las noches se llenase, y no así como se quiera, sino de las personas mas distinguidas que en esta horrible estacion se quedan en Madrid.

Así no es de extrañar que con la sangre enardecida por el calor, y la ausencia de las mujeres mas bellas y elegantes de nuestra sociedad, se hayan promovido escándalos en este recinto, que aunque ligeramente, no quiero dejaros de explicar.

Entre los varios personajes de esta compañía ecuestre, figuran tres damas, origen de cuanto ha sucedido, llamadas *Irma* la una, *Keneb* la otra y *Gaert* la última. De lo que tomaron nombre tres distintos bandos, que se llamaron Irmistas, Kenebetistas y Gaertistas, representados dos de ellos por jóvenes de la aristocracia y por escritores y periodistas.

Los primeros, no acertando con otro medio de insinuarse que con el del ruido y el desparpajo, empezaron á llenar el círculo de magníficos ramos y hermosas flores, apenas su protegida aparecia sobre el lomo de un caballo, haciéndola salir siete y ocho veces concluido su trabajo, á recibir otras tantas salvas de plácemes y estrepitosos aplausos.

Y como el mal ejemplo es contagioso, y como mis colegas los periodistas, vieron que aquello era un guantelete arrojado en la arena de las discordias, se dijeron—aquí nos las den todas;—y desde aquella noche empezaron á reproducir con su apadrinada, las escenas que los aristócratas habian inaugurado. Así fué que noches despues, el desorden tomó ya un carácter tan grave y desusado, que por lo visto tenia trazas de concluir como la procesion de la Aurora: á farolazos.

Los *Irmistas* (escritores) se propusieron llevarlo todo á capa y espada, como efectivamente sucedió.

Apenas la *Irma* acababa de hacer sus habilidades sobre el caballo, cuando un diluvio de coronas, laureles, dulces, cintas, flores y palomas, todo del gusto mas esquisito, poblaron el círculo; pero en tan gran estension, que el payaso, queriendo hacer una de las suyas, se entra repentinamente, saca un carro, recoge aquellos trofeos, y se marcha tan sereno en medio de las risas, los aplausos y los silbidos mas estrepitosos que en plaza de toros alguna han resonado jamás.

Un escritor, sin embargo, tan festivo con la pluma como con la lengua, y que ninguna parte habia tomado aun en este pujilato de bolsillo, apenas ve lo que sucede, ¿qué hace? salta de su sitio, sube todos los escalones de las gradas, que son muchos, se coloca en el último, y sacando un silbato empieza á despedir ecos tan contundentes, que atornaban y descomponian los oídos.

Entonces la tempestad que se desborda contra él es atroz.

Gritos, amenazas, desatinos... todo es en valde: el pito seguía sonando, y el silbador tranquilo é imperturbable como la estatua del Silencio en Atenas.

La autoridad, pues, se ve ya en el caso de tomar parte en la cuestion.

Llegan los municipales; pero apenas los ven los periodistas dirigirse en busca del caprichoso músico, cuando saliendo de sus asientos y saltando por palcos, sillas y gradas se lanzan á ellos, lo mismo que lebreles hambrientos de caza.

La confusion entonces llega á su colmo.

Nada es posible á calmar la efervescencia de los acometedores, ni los gritos del público, ni las advertencias de los municipales, ni las persuasiones de los pacíficos, ni las amenazas del duque de Tamames, teniente alcalde de la coronada.

Aquello era una Babel, un escándalo, un verdadero pandemonium.

El silbador aparece en el tumulto.

—Sígame V., le dice el bueno del duque, inflamado por la cólera.

—A dónde? le contesta mi amigo; ¿va V. á convidarme á refrescar?

La gracia, el descaro y la frescura de la contestacion, promueven una carcajada general.

La escena acababa de variar por completo.

El originalísimo y oportuno escritor, se capta la simpatía general: la autoridad lo reconoce así, y sin encomendarse á Dios ni al diablo toca prudente retirada, dejando á los mimados hijos de las musas en plena posesion del recinto.

Al otro día, sin embargo, disposiciones preventivas y rigorosas fijadas en varios sitios del Circo coartaban la accion de estos escándalos, que por mas que no sean frecuentes, dan muy pobre idea de nuestro carácter en otros paises, cuando por frivolidades de esta especie, se rompen los vínculos del decoro y la gravedad que deben reinar siempre en los parajes públicos.

Por lo demás, poco, poquísimo es lo que puedo contaros; porque faltando lo mas selecto, claro es que ni bailes, ni reuniones, ni nada en fin, que amenizase algo esta cansada estacion, han podido venir á turbar la odiosa monotonía de esta existencia, que mejor estaria bajo veinte estados de tierra, que sobre el abrasado suelo de Madrid.

En medio de todo no faltan espectáculos lastimosos de los que quisiera apartar la vista; pero que no puedo menos de referir. Hace dias un esposo, de los que por fortuna y desgracia suya, tienen todavía pudor, se preparó á un viaje que precisamente se veía obligado á hacer.

La buena, la casta, la tierna y cariñosa esposa le despidió con tantas lágrimas como si aquel día fuese el destinado á ser el primero de su viudez y el último de su ventura.

El esposo al parecer quedó satisfecho.

Pero aun no seria la media noche, cuando la esposa, oyendo pasos en su habitacion pretende levantarse.

¡Todo en valde!

Un hombre se lanza sobre ella y el hombre que á su lado tenia, les clava un cuchillo diferentes veces y vuelve á salir.

El herido era un amante.

El agresor un marido.

Asombran y estremecen las horribles y repugnantes escenas de este género que á cada momento presenciarnos los que tenemos la desdicha de vivir con el corazon virgen dentro de los muros de esta infecta y repugnante capital.

¡Cuánto engaño! ¡cuánta perfidia! ¡qué de miserias!

En cambio una carretela, que hace noches bajaba por la carrera de S. Gerónimo, como si sus dueños fuesen á recojer un tesoro, verdaderamente escapado, tuvo la humorada de atropellar á cinco pobres criaturas que cojidas por las manos, bajaban con ese inocente descuido de que sin notarlos se hace uso en tan tierna edad.

Las criaturas, como es natural, rodaron hechas una pelota por bajo los pies de los caballos, sin que por un milagro de Dios, sufriese ninguna de ellas la mas mínima lesion. El carruaje fué detenido en el acto por los dependientes de la autoridad.

Pero todo es música celestial: en Madrid, los carruajes parece tienen bula para ir siempre disparados.

De modo que siendo las calles estrechas en general y cruzando tanta gente por las aceras, resulta con frecuencia que si llueve, el barro que las ruedas le echan á uno encima, bastaria para reedificar media casa, caso de querer aprovecharlo; y si no llueve, el polvo que arrojan á la cara, seria suficiente para recomponer el cauce de las aguas del Lozoya.

Y si de estos *ligerísimos* descuidos de calle, pasamos á los de casa, nos hallaremos de manos á boca en la calle de Caravaca, hácia la una de la madrugada, hora la mas á propósito para que los *descuidos* tengan un resultado verdaderamente trágico.

La voz de «fuego» «fuego», atruena la calle, y hace estremecer en sus lechos á sus pacíficos habitantes.

Las ventanas se abren con inusitado estrépito; giran las puertas sobre sus goznes, los gritos se redoblan, y mil distintas figuras aparecen donde quiera huyendo unas, llorando otras, alarmadas todas. En tanto, el fuego tomaba gigantescas proporciones.

Y la confusion, el espanto y el terror, llegando á su colmo.

Poco despues, el estrépito de las bombas que acudian, empezó á volver algo de su perdida tranquilidad á aquellas buenas gentes. Las autoridades tambien se personaron en el acto; y de consuno todos, y multiplicando sus esfuerzos, logróse al cabo de una hora dominar el furioso elemento, que segun parecía, amenazaba lanzarse sobre las casas que á su inmediacion tenia.

La causa se le atribuye al mozo de la casa (era tahona) que al ir á sacar un haz de leña prendió

con la luz del candel fuego en algunas ramas, marchándose sin haber notado su barbaridad.

En medio de esta contradanza de incendios, asesinatos y robos, hemos tenido el consuelo de ver los elementos desencadenados con su correspondiente música de truenos, rayos y huracanes; lo cual ha debido ser causa de que muchas personas de la alta y baja sociedad hayan pagado su tributo á este desórden celeste, marchándose á otro mundo mas tranquilo que el que habitamos. Entre estas personas, muertas sin justificado motivo, se cuentan la jóven condesa de Almina, esposa del general Ros de Olano, el marqués de Claramonte, el duque de San Lorenzo, la señora Bretagne, azafata de la Reina, la duquesa de Ahumada, y otras que no recuerdo en este instante. En cambio la simpática condesa de Mirabel apenas habia pisado los umbrales de su casa, en la Granja, cuando sintiéndose acometida de fuertes dolores, apenas tuvo tiempo para reponerse, cuando ya habia lanzado al mundo dos robustos y espléndidos chicos de los cuales ha sido madrina S. M. la Reina.

Por lo demás, como todo lo selecto de Madrid se halla ausente; como la corte no regresará hasta mediados de mes; y como yo me encuentro hace dias gravemente enfermo, dispensadme este punto final, seguras de que en la próxima revista os despachareis á vuestro gusto.

S. DE MOBELLAN.

Seccion de economia doméstica y arte de cocina.

Modo de hacer el lustre de botas inglés

Tómanse dos onzas de negro de marfil, una onza de azúcar cande, otra de goma arábica, tres dracmas de aceite esencial de espliego, una onza de ácido sulfúrico, otra de ácido muriático y cuatro de vinagre; y pónganse cuatro horas á un calor suave.—Este unto no quema los zapatos como el que se vende comunmente, y es muy barato.

Para limpiar la hoja de lata de modo que parezca nueva.

Cuando un vaso de hoja de lata, tal como una cazuela ó cafetera, ha estado algun tiempo al fuego, pierde su blancura cambiándola en un negro de bronce. Para limpiarlo, debe hacerse una mezcla de ceniza y aceite comun (por ejemplo el de arder) y cuando se ha hecho de ella una especie de cieno espeso, se cubre bien el vaso, y en seguida se frota con unos trapos de lana, y la hoja de lata toma el brillo de nueva. Si la pieza estuviese muy sucia, usada ya de largo tiempo, seria preciso repetir la operacion, aunque por lo regular el negro de humo cede á la primera aplicacion y primeras frotações.

Para impedir que se enmohezcan los libros.

Los libros encuadernados en cuero de Rusia no

tan solo no se enmohecen nunca, si que su contacto con otros volúmenes impide que estos se deterioren. Este efecto proviene del olor del aceite de abedul con que está preparado este cuero. Una corta cantidad de aceite esencial cualquiera bastaria para preservar del moho los libros puestos en parajes húmedos y bajos.

Modo de pulir la vajilla de plata.

Disuélvase alumbre en una lejía fuerte, espúmese con cuidado, y añádasele en seguida jabon, lavando luego con esta mezcla los vasos de plata: de esta manera se les hace tomar mucho brillo.

Para limpiar y blanquear la vajilla de plata.

Ráspense en un plato cuatro onzas de jabon blanco, échese en él media botella de agua caliente; póngase en otro plato un poco de tártaro crudo con igual cantidad de agua caliente; y en otro cenizas graveladas con la misma cantidad de agua tambien caliente. Tómese una brocha, y mojándola primero en el plato de tártaro crudo, en seguida en el de cenizas, y finalmente en el de jabon, frótese la plata, lávese en agua caliente y enjúguese.

Para conservar el lustre de las armas.

Frótese las armas con polvo de alumbre mezclado con vinagre fuerte, ó con tuétano de ciervo, quedarán siempre lustrosas.

Modo de limpiar las medias de seda.

Enjabónense primero, y luego despues pónganse sobre un lienzo fino estendido en el respaldo de una silla tumbada en el suelo; cúbranse con otro lienzo, y póngase bajo del respaldo de la silla un escalfador en el que se hará quemar flor de azufre, de manera que el humo penetre en las medias: en seguida se aplanchan por el envés.

Modo de colocar las botellas llenas.

Los vinos jenerosos de Málaga, Alicante y otros de la misma especie, como tambien los vinos enjutos de Madera, Jerez, etc., pueden guardarse en el aposento en botellas; pero los vinos comunes de Francia han de conservarse en la bodega.

Las botellas llenas se colocan unás sobre otras por medio de gruesas latas de encina, colocadas entre una y otra ringlera. Es un método muy ventajoso echarlas sobre arena pues se mantiene mas fresco el vino, aunque no es tan fácil practicarse en gran número de botellas.

Deben colocarse estas bien horizontalmente, pues si el cuello está mas alto que el fondo, no se humedece bien el tapon y deja paso libre al aire, y de lo contrario queda en el gollete la hez que forma el vino, y se mezclará con él siempre que se saque para beber; pero poniendo la redoma como se ha dicho, se reunirán las heces en la cavidad inferior del vientre de la botella, y trasegando despues el vino con cuidado, se conseguirá que salga todo

enteramente limpio. Al paso que se toman las botellas para colocarlas en el rimero, se ponen también boca abajo para que se humedezca la parte interior del tapon, y de este modo se impedirá que quede ninguna burbuja de aire, que, dejando una parte en seco, ocasionaria con el tiempo la evaporación del vino.

De la posición que ocupen las primeras botellas depende la solidez de todo el rimero; y así es menester que la base de este edificio esté bien sentada. A este fin se comienza por nivelar la tierra ó arena que cubre el sitio de la bodega que han de ocupar las redomas; despues se forma en el centro una pequeña altura de cinco ó seis latas unas sobre otras, para que sostengan el cuello de la primera hilera, y se pone una lata á la parte donde descansa el fondo de las botellas, para que el vientre, que es la parte mas débil, no sufra el peso de todo el rimero. Colóquese entonces la primera hilera, cuidando que quede un vacío entre una y otra botella de unas quince líneas para que despues las de arriba no estén demasiado cerradas; córtense pedazos pequeños de tapones viejos, y colóquese uno á cada costado de botella del primer orden para que no se desordenen. En seguida se pone sobre el vientre de las primeras botellas una lata á una pulgada de los fondos, para que descansen sobre ella los cuellos de las segundas; los fondos de estas se apoyan sobre latas entre los cuellos de las primeras; y así consecutivamente se colocan las otras hasta que el rimero llegue á la altura que se desea, que ordinariamente es de tres á cinco piés. Para dar á la pila esta última elevación deben ser todas iguales en figura y grosor y estar muy bien colocadas, de lo contrario podrian quebrarse muchas. Cuando no escasea el espacio, lo mas prudente es no exceder de los tres piés. Las latas deberán ser mas ó menos gruesas, segun sea la figura de las botellas, y aun alguna vez será preciso ponerlas dobles, para que las de arriba no estriben sobre las colocadas en la primera fila. Cuando las botellas son de diferentes figuras y dimensiones, se escogerán las mayores para la primera fila, y las pequeñas se pondrán encima.

Cola de vaca asada en parrillas.

Se puede hacer cocer en el cocido, y luego sacarla y dejarla enfriar; una hora antes de servirse se meterá en una cazuela que tenga manteca derretida y sazonada con sal y pimienta, y se dejará para que se empape bien; luego cuando se haya de servir se pasará por pan rallado, luego otra vez por la manteca, y por último por el pan, se pondrá un momento en las parrillas, y se servirá sobre una salsa tártara.

Cola de carnero en parrillas.

La cola de carnero es una de las cosas que hace mejor el caldo, y para no presentarlas á la mesa solo cocidas se pueden arreglar del modo siguiente cuando ya se ha escurrido el caldo. Se escurren lo mas que se pueda, y luego se empanan.

se pasan por clara de huevo batida á nieve, se vuelven á empanar y se ponen en las parrillas sobre un papel; cuando están asadas se sirven solas ó sobre la salsa que mas acomode.

Pecho de ternera relleno.

Se separa con cuidado la piel del pecho de la carne, y se estiende (entiéndase la piel) sobre la tabla bien limpia; se coloca el relleno que mas acomode con cogollos de alcachofas, se envuelve todo con la piel y se cose por todos lados para que no pueda salirse el relleno, dándole una forma bonita. Se pone en una cazuela ó cacerola con lonjas de tocino, sal, pimienta, un ramillete guarnecido, cebollas y un par de nabos para que le dé sabor, echando el caldo suficiente para que lo cubra; se hará cocer entre dos fuegos y se servirá.

Si se quiere servir como asado no hay que hacer mas que ensartarlo en el asador cuando está preparado y envolverlo con lonjas delgadas de tocino y un papel encima.

Cabeza de ternera á la egipcia.

Se coje media cabeza de ternera, se escalda y se deshuesa completamente; apártase la oreja, y todo lo demás se pica bastante pequeño y se cuece con un blanco. Hágase un guarnecido á la financiera con yemas enteras de huevos duros, etc. Colóquese despues de bien cocida la cabeza formando pirámide en un plato, cúbrase con la financiera de modo que presente á la vista un aspecto agradable, adórnese con ruedas de la lengua, de los sesos, con cangrejos enteros, y por último con la oreja labrada con primor; rodéese el plato de coscorrones de pan fritos, y sírvase esa pirámide de cosas variadas y apetitosas, acompañándola con una salsa en que entre vino de Madera, en la salsera.

Cabeza de ternera al natural.

Despues de bien limpia se tendrá toda una noche en remojo en agua fria, y se le hará un corte por debajo, por el cual se sacarán los huesos de la mandíbula inferior y se cortará el hocico; luego se escaldará y pondrá en agua fria y se limpiará bien. Se hará cocer en un blanco, y luego se escurrirá bien y se servirá sobre unas ramitas de perejil verde, cuidando de romper el hueso del cráneo para que los sesos queden descubiertos, pero de modo que la piel los cubra. Luego se servirá en la salsera una salsa abundante compuesta del modo siguiente: se picarán muy menudamente unas cebolletas, estragon y pepinillos, y se humedecerán con vinagre y una cucharada de aceite, sazonándolo con sal y pimienta: como la salsa es fria, debe servirse la cabeza lo mas caliente que sea posible. Para cocer la cabeza se debe atar bien con un bramante, ó meterla dentro de un lienzo muy limpio.

Trozo de jabalí.

Córtese la carne del lomo ó las costillas en tajadas, y pónganse en una cazuela con manteca, ajos,

peregil y cebolletas, tomillo y albahaca, picado muy menudo; polvoréese con sal y pimienta, y hágase rehogar á fuego lento durante dos ó tres horas, y déjese en la misma cazuela hasta el día siguiente, que se volverá á poner en la lumbre añadiéndole jicaritas de agua para que se vaya cociendo, y sírvase solo, sin salsa ni grasa, con pepinillos en vinagre hechos ruedas.

Salmon.

El mejor modo de servirlo es cociéndolo con el aderezo de pescado, y aderezarlo antes de presentarlo á la mesa con aceite crudo, ó cualquiera salsa fría.

Receta de bien-me-sabe americano.

Se toma una libra de azúcar flor, se clarifica en un cuartillo escaso de agua hasta que tenga el punto ligero de almíbar, se deja enfriar, y por separado se baten diez yemas de huevo, se les mezcla una cucharadita de raspaduras de naranja, se mezcla con esto cuatro onzas de almendras tostadas muy molidas, y se incorpora á el almíbar que debe estar frío, se vuelve al fuego en un perol, y muy lento se revuelve sin cesar para que no se corte, y al paladar se conoce cuando está, pues no debe saber á crudo; entonces se le revuelve una poca de canela en polvo, y se tienen preparados bizcochos que deben irse mojando ligeramente en vino dulce ó leche, y se coloca sobre el plato una cubierta de estos y otra de la pasta, hasta llenarlo, debiendo quedar encima la pasta, despues se adorna con galleta, y es cosa muy esquisita.

Empanaditas mejicanas.

Se coloca una libra de harina flor en una vasija redonda, y se pone al fuego medio cuartillo de agua, dos onzas de manteca fresca de puerco, una poquita de sal y anís; todo esto debe hervir ocho ó diez minutos, y se echa poco á poco escaldando la harina y revolviéndola hasta que forme una masa que debe trabajarse un poco, se tiene preparado un manjar blanco para rellenarlas, que se hace de leche, azúcar y almidon molido, para cada medio cuartillo media onza de lo citado, que debe hacerse como crema, con un poco de canela; y cuando esté espesa y bien cocida, se forman las empanaditas, delgada la masa, y de la circunferencia de una taza grande, se pone una cucharada del relleno, se les dobla bien la orilla y se frien en manteca, quedando un poco doradas, es una cosa muy suave y de gusto agradable: (se le puede poner á la crema esencia de limon ó naranja.)

SEGUIDILLAS.

¡Cuál me gustan los campos
Llenos de flores;
El azul de los cielos
Los verdes bosques!
Y mas me gusta
La cara de una hermosa
Morena ó rubia.

Dió el Señor á la noche
La blanca luna,
Cristales á la fuente
Y al mar su furia.
¡Ay! y á la tierra
La mujer, que es la imágen
De la belleza.

Tiene amor muchas veces
Ganas de risa,
Y bajándose al mundo
Busca conquistas;
Y se hace fuerte
Escondido en los ojos
De las mujeres.

Ese sol que en el rio
Veis ocultarse
Acecha á las muchachas
Que van al baile;
Pero celosa
La noche tantas gracias
Borra entre sombras.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

CONTINUACION DE LAS TAREAS

DE

LA SEÑORA RISTORI.

La eminente artista cuyo nombre ha resonado ya en todos los ámbitos de la tierra, sigue siendo la delicia de los gaditanos. Pero no son solo ellos los que concurren á admirarla y á aplaudirla en su teatro Principal; todas las importantes y cultas ciudades de los contornos envían cada noche allí su ofrenda de aplausos, porque numerosos admiradores del arte acuden desde ellas uno y otro día á saciar su afán de oír á la gran trágica, siendo no pocos los que tornan á sus casas á las avanzadas horas en que concluyen los espectáculos, y eso gracias cuando pueden verlos concluir, sin que semejante molestia los arredre para otro día. Esto, si hace por sí mismo el encomio mas cumplido del alto mérito de la Sra. Ristori, no habla menos alto

en favor del acendrado gusto de nuestra hermosa provincia.

¿Qué diremos respecto al objeto de tan férvido y tan universal entusiasmo? Una palabra sola. Los concurrentes creen siempre que la última función ha sido la mejor ejecutada; casi desconfían de que la próxima ha de satisfacerlos tanto como la anterior; pero esta próxima llega, y al oírlo dicen: "no hay mas allá." Lo mismo dirán en todas, porque el talento de la Sra. Ristori sabe tomar todas las formas dramáticas, bien así como el fabuloso Protéo tomaba todas las formas corpóreas.

En otro número hemos hablado de *Medea*, de aquella creación en que está retratada la áspera rudeza, la energía salvaje de los tiempos primitivos. Al verla tan admirablemente interpretada creímos que aquel era el tipo especial en el que la Sra. Ristori sobresalía, y si bien esperábamos mucho de su desempeño en los demás caracteres, no concebíamos que en ninguno de ellos hiciese mas, ó para decir verdad, hiciese tanto como lo que allí le habíamos visto.

El desengaño no se hizo esperar mucho; solo tardó el tiempo que hubo de mediar entre aquella primera función y la segunda.

Esta fué *María Stuarda*; no la de Alfieri como pudiera creerse siendo original de un célebre autor italiano, sino la de Schiller, que de traducción en traducción ha llegado á nuestro teatro tiempo hace, y que siguiendo las mismas vicisitudes forma hoy también parte del repertorio de la Sra. Ristori.

No nos proponemos escribir un artículo crítico sobre cada una de las producciones puestas en escena en estos pasados días: esto nos llevaría demasiado lejos, y tanto mas cuanto que acerca de su mérito literario existen puntos no solo controvertibles sino controvertidos. Así pues solo tocaremos por incidencia aquello poco que sea preciso para apreciar los esfuerzos de la ejecución, admirable y magnífica siempre.

Entre los diferentes caracteres que los historiadores han prestado á la célebre reina de Escocia, Schiller ha tenido por conveniente adoptar aquel que podía hacer á su protagonista mas interesante, y para ello le ha sido fuerza luchar con dificultades graves. No oculta la complicidad de María en el asesinato de su esposo, y aunque en lo posible procura atenuarlo, siempre es para ella aquel crimen el verdadero origen de su presente castigo. Altiva por su cuna, por su belleza, por su talento, resignada por su religiosidad y porque se reconocía culpable, en esta lucha están los efectos todos del drama. Por eso la escena del tercer acto en que su dignidad de reina y de mujer se revela contra las acerbas palabras de Isabel, palabras indignas, no ya de una soberana sino de una señora, y por eso también su preparación para el suplicio en el acto quinto son las dos grandes situaciones de la tragedia; grandes situaciones que el inmenso talento de la Sra. Ristori supo explotar hasta el punto de producir el mas ardiente entusiasmo. Describir uno á uno los primores de

su ejecución fuera hacer un libro entero. Aquella violencia que á sí propia se hace para arrojar-se á los piés de la orgullosa reina de Inglaterra; aquel ahogado grito de furor al oírse ultrajada de la manera mas soez por quien no tenía sobre ella otro derecho que el de la fuerza, y fuerza obtenida por la perfidia; aquella explosión de justificada ira con que devuelve injuria por injuria y sarcasmo por sarcasmo; aquella actitud enérgica y noble con que la misera prisionera parece imponer preceptos y dar órdenes á la misma en cuyo poder está y que tiene entre sus manos la vida de quien así desafía su cólera; todo esto es admirable en la boca, en el gesto, en la acción de la Sra. Ristori. ¿Cómo pues la contrita, la resignada, la dulce María del quinto acto es la terrible Medea de la noche anterior? Ese es el gran misterio del talento artístico. Esa es la Sra. Ristori en fin.

Pero busquémosla aun en otro diferente tipo: busquémosla en Judit, en la inspirada del Señor, en la santa viuda que fiel á la memoria de su perdido esposo ha escondido en la soledad aquellos preciosos atractivos, aquella sobre humana hermosura por la que suspiran en vano los hijos de Betulia. Situada por hambre y sed su ciudad natal, sin esperanza de humano socorro, y próxima á caer bajo la espada ó bajo el yugo del feroz Holofernes, concibe el atrevido proyecto de librar de tan temible enemigo á su fé y á su patria. Ardua es la empresa; pero Dios la guiará para llevarla á cabo, porque ella solo se considera como un instrumento suyo.

Este carácter, como otros muchos bíblicos, nos parece eminentemente dramático, bien así como la acción á que dá lugar. No es la fatilidad griega repugnante á la razón, no el amor, pasión muchas veces equívoca y frecuentemente convencional en el teatro; es la fé, es el patriotismo quienes enardecen el corazón y arman el brazo de la heroína. El ardor y la astucia luchan contra la fuerza material y la vencen: Judit salva á su pueblo: su sacrificio no es egoísta: ni aspira al dominio ni lo acepta: torna sin orgullo á su soledad y á su aislamiento, y ensalza con sus cánticos al Dios de las batallas por haberse servido de sus flacas manos para llevar á término los designios de su poder infinito.

Repetimos aquí que los límites que nos hemos trazado en nuestro artículo de hoy no nos permiten entrar en la apreciación concienzuda del mérito literario de esta producción. A poder hacerlo espondríamos las razones por las que no estamos de acuerdo con el ilustrado juicio emitido en el periódico *El Comercio*, aun reconociendo la competencia de la persona que lo ha escrito.

Pero pasando al principal objeto que nos hemos propuesto, preguntaremos á todos, nos preguntaremos á nosotros mismos, ¿ha estado en esta obra la Sra. Ristori inferior á lo que ha sido en las que la precedieron? No tememos decir que la hemos creído aun á mayor altura que en las demás ya citadas. Aquí su inspiración propia es el reflejo fiel de la inspiración del Señor á la viuda de Betulia. Aquella colosal figura que destaca con sobrehumano brillo sobre los desalentados rostros de los

guerreros mas valerosos y sobre las abatidas frentes de los escuálidos habitantes presa de las mas horribles privaciones; aquel esfuerzo de ánimo con que se presenta en la tienda del impío general de los asirios, no sabiendo si deberá temer mas de su amor que de su cólera, aquellas escenas en que ora el pudor alarmado rechaza las caricias de Holofernes, y ora deseosa de no malograr el éxito de su empresa halaga con esperanzas al objeto de su odio, están manejadas con ese tacto esquisito de la actriz que fia harto mas que en sus palabras en la espresion de su rostro, porque él sabe decir mas que todo lo que en este caso el autor pudiera poner en su boca.

¿Pero á qué tratar de analizar uno por uno tantos primores del arte? Los que no los han visto no pueden formarse idea de ellos por lo que nosotros pudiéramos decirles; los que los han visto han debido comprenderlos y admirarlos: si no lo han hecho, es que no están organizados para sentir tales cosas, y seria de mas cuanto se les digese.

La concurrencia es siempre tan escogida como numerosa: la gran artista es tambien siempre saludada al terminar con triples salvas de palmadas y de bravos.

La Sra. Santoni y el Sr. Majeroni han sido tambien grandemente aplaudidos.

Los espectáculos se presentan con todas las condiciones del arte. Allí todo es verdad en las situaciones, en los trages, en los accidentes.

Tenemos que concluir, y eso sin haber dicho nada de las funciones que despues de aquellas van representadas; pero es fuerza dejar espacio para otras materias, y por otra parte es imposible decir poco cuando se habla de la Sra. Ristori.

Suspendemos, pues, nuestra tarea, que continuará en otro número.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

En el momento en que escribo estas líneas todo Paris está de fiesta. Arcos triunfales, mástiles venecianos, adornan los bulevares; columnas y estatuas doradas se levantan en la plaza de Vendôme; las ventanas se alquilan á peso de oro; los extranjeros afluyen; jamás se ha visto un cuadro á la vez mas animado y mas pintoresco que el que en este instante ofrece nuestra capital.

Si tuviese á mi cargo el escribir una revista de Paris, entraria en mas estensos pormenores acerca de lo sucedido; pero no es esta mi mision, y dejo á otros el cuidado de describirnos la entrada triunfal de ese hermoso ejército de Italia que cuenta tantos valientes, y al que toda la poblacion ha salu-

dato con los gritos de admiracion mas entusiastas y mejor merecidos.

Las costureras y las modistas no han estado menos ocupadas que los carpinteros y decoradores, porque á su vez las elegantes querian estar tambien sobre las armas para recibir á nuestros valerosos guerreros.

Una lluvia de tormenta que sobrevino antes de acabarse el desfile, puso todo en gran desorden; pero todas estas pequeñas desgracias hacen caminar al comercio. Mme. Ghys tendrá nuevos vestidos que hacer, Mme. Alexandrine habrá de empezar de nuevo los lindos sombreros que han salido de su casa: á todos, pues, les tendrá cuenta.

Ya he nombrado á Mme. Alexandrine, pasemos revista á las cosas que mas se llevan, segun los informes que ella misma me ha dado.

Los sombreros continúan haciéndose de dos colores, es decir, que el ala y el bavolet son diferentes del fondo.

Para gran equipo, la paja blanca, el tul y el crespon se usan con preferencia.

La paja de Italia es siempre un adorno muy aristocrático, sobre todo con plumas blancas.

Tambien se colocan ramos de flores de los campos, reunidas por medio de yerbas ó por un lazo pequeño de cabos flotantes. Esto es muy coqueto.

Los sombreros de crin y los de paja belga son de menos lujo.

Se llevan muchas flores, hasta en los sombreros mas sencillos.

Digamos algo de los trages.

No abandonamos las telas ligeras; así la muselina, los jaconas, el organdí, el barege, las granadinas de seda, las gasas á cuadros ó rayadas, las muselinas de seda y el piqué, permanecen á la órden del dia.

Mme. Alexandre Ghys continúa haciendo gran número de corpiños escotados. Se los cubre siempre con pequeños fichus de capricho, ó con bertas anudadas por delante.

Esta es una de las graciosas innovaciones de Mme. Ghys.

A los trages de muselina y de jaconas, se les puede si se quiere poner un corpiño montante, redondo de talle, fruncido en los hombros y abierto por delante.

Vienen en seguida los corpiños montantes comunes abotonados, que volverán á usarse sin duda cuando llegue la estacion próxima.

Se hacen trages de larga levita en toda especie de tela, hasta en barege.

Las naguas continúan con mucho vuelo y arras-trando por detrás; lo cual, fuerza es decirlo, es co-

sa estremadamente sucia para paseos ó visitas de á pié.

Y en verdad, nada hay mas feo que los bordes de un traje cubiertos de lodo ó de polvo.

Gran noticia! las bandas terciadas vuelven á estar en moda: se ven muchas iguales á los trajes. Esto es gracioso y elegante.

Los vestidos de seda, fondo liso ó con rayas menudas de colores claros, tienen una deliciosa frescura.

Se les guarnece con pequeños volantes que apenas pasan de la rodilla.

Los volantes estampados son de muy buen tono.

Las manteletas iguales á los trajes gozan de un favor constante. Esto es fresco, económico, y de una comodidad incontestable en medio de los grandes calores que experimentamos.

Empiezan á aparecer para la estacion próxima pequeñas manteletas cortas con capucha, ya en telas rayadas, ya en escocesas.

Muy útiles serán estos vestidos cuando las mañanas y las tardes empiecen á refrescar.

Los chales de muselina están muy bien sobre las telas ligeras. Así es que se ven muchos.

Ved aquí algunos trajes entre los que he visto en casa de Mme. Alexandre Ghys.

Primer modelo.

Traje de organdí á listas azules y blancas, de doble falda y forma de levita.

Corpiño montante, abotonado, de talle redondo. Una banda cortada en las listas y puesta atravesada figura un corpiño escotado, cuadrado por detrás y por delante, y baja en forma de V.

Bandas semejantes rodean las dos naguas, así como las mangas, que son largas, flotantes, hendidas en toda su estension y de corte cuadrado por abajo.

Otro modelo.

Traje de tafetan á cuadros negros y blancos.

En la falda cinco volantes ribeteados de terciopelo negro. Corpiño escotado. Mangas pagodas.

Banda igual rodeada de una ancha tira de terciopelo.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de organdí salpicado, formando la enagua seis buches y tre volantes: monillo escotado y

fruncido: mangas con dos buches arriba y otros mayores abajo. Esclavina á lo Luis XIII con dos buches y dos guarniciones; por bajo de los buches se pasa una cinta color malva. Cinturon de dicho color con cabos largos. Sombrero de crespon malva adornado de flores de dicho color y yerbas. Guantes de seda color paja.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gró de Prusia: la enagua está adornada por abajo con cuatro volantes cubriendo la union de ellos una cinta de terciopelo negro: de estos á la cintura *quilles* con lazos de terciopelo siguiendo los volantes hasta la cintura con el sencillo adorno de los de abajo: monillo liso alto y sin cofilla: manga abierta por detrás rodeada de un volante adornada con lazos de terciopelo: manguito de tul blanco formando un gran buche. Al cuello rizado de tul liso. Sombrero de crespon blanco: sobre el ala banda de tul que se amarra debajo de la barba y forma dobles cabos: á la izquierda, en el interior, ramos de flores. Guantes de seda color maíz.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

Núms. 1 y 2 Cuello y puños para niña: al pasado y feston.—3 Guarnicion: bordado ligero.—4 Id.: al pasado, punto de armas, ojete y calados.—5 y 6 Cuello y puño breton: al pasado.—7 Banda: id.—8 Guarnicion: id.—9 Guarnicion: bordado inglés.—10 Embutido: al pasado, feston y punto de armas.—11 Guarnicion: feston.—12 Guarnicion: id. y al pasado.—13 Embutido: al pasado.—14 Esquina para pañuelo, G. N. ligadas: id.—15 M. F. en un escudito: id.—16 B. F. id.: bordado ligero.—17 Dibujo para pechera de camisa de hombre: al pasado.—18 Embutido: bordado inglés ó al pasado y calados.—19 Esquina para pañuelo F. P. C.: al pasado y feston.—20 Guarnicion: a pasado.—21 Guarnicion: feston.—22 Guarnicion: al pasado y feston.—23 Embutido: id.—24 Puntilla: feston.—25 Esquina para pañuelo E. S.: al pasado y feston.—26 y 27 Embutidos: al pasado.—28 Esquina para pañuelo C. C.: id.—29 Embutido: al pasado y calados.—30 y 31 Guarniciones: feston y ojete.—32 Guarnicion: ojete ó lunares.—33 Esquina para pañuelo, Luisa Cordero: al pasado y punto de armas.—34 Pañuelo: al pasado, punto de armas, feston y bordado ligero.—35 Dibujo para pechera de camisa de hombre, ó para es-

quina de cuello y puños: bordado ligero.—36 Embutido: ojetes.—37 Embutido: al pasado.—38 Esquina para pañuelo, Liberta: id.—39 Pañuelo: al pasado y sobrepuestos calados.—40 Esquina para pañuelo, A. H. al pasado rico, punto de pluma, inglés y bordado ligero.—41 Esquina para pañuelo, Manuel Becards: al pasado.—42 Esquina para pañuelo, Josefa Cordero: bordado inglés y al pasado.—43 Francisca Bolaños Zarza: al pasado ó feston.—44 Antonia Bolaños Zarza: id.—45 Sebastian Bolaños Zarza: id.—46 J. V. B.: id.—47 Adela Gonima: id.—48 Liberta Santandreu: id.—49 Froilana del Almirante: id.—50 María del Almirante: id.—51 Ana Teresa Ruiz: id.—52 Benita Ruiz: id.—53 María de la Concepcion Castillo de Fuentes: id.—54 V. V. V. ligadas: al pasado y feston.—55 María Manuela Chuliá: id.—56 Antonia Buralla: id.—57 Dolores Sanchez: id.—58 Rosa: punto inglés y al pasado.—59 María: al pasado.—60 D. E. ligadas: bordado inglés, al pasado y punto de armas.—61 L. M.: al pasado.—62 L. M.: ligadas: id.—63 L. P. ligadas: id.—64 L. M. ligadas: bordado inglés y al pasado.—65 C. N. R.: al pasado.—66 J. M. J.: id.—67 M. C.: id.

MOLDES PARA CAMISAS DE HOMBRE.

Núms. I, 2 y 3 Delanteros: los números 1 y 3 pueden hacerse con pequeñas tablas ó con embutidos: el número 2 es liso enteramente.—4 Mitad de la muceta.—5 á 8 Cuellos.—9 á 12 Puños.—13 á 37 Alfabeto: al pasado.—38 Elvira Marchessi: id.—39 Luis Santaló y Noguer: id.—40 Luis Santaló: id.—41 Rafaela Carrion y Lara: id.—42 Rafaela Carrion: id.—43 Florentina Otero: id.—44 Teresa Arce: id.—45 Anacleto Lopez: id.—46 Luisa Ruiz Castellanos: id.—47 Isabel Gomez: id.—48 Baltasara Garriga y Soler: id.

SUMARIO. = *La mujer, estudios morales*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco. *Segunda serie.* = *La planta maldita, cuento* por D. Fernando Martinez Pedrosa, *conclusion.* = *Un nido de palomas*, por Doña María del Pilar Sinués de Marco. = *Las almas gemelas, novela original* por Doña Robustiana Armiño de Cuesta, *conclusion.* = *Sacrificio y Recompensa, legenda histórica*, por D. Bruno del Barco. = *Amor de un poeta*, por D. Pedro Manuel de Moroy. = *Coleccion de poesías de diferentes autores.* =

Habana. Descripcion de un baile de temporada, por D. C. Mendoza. = *Revista de Madrid*, por D. Sebastian de Mobellan. = *Seccion de economía doméstica y arte de cocina.* = *Seguidillas*, por D. José Gonzalez de Tejada. = *Continuacion de las tareas de la Sra. Ristori*, por D. Francisco Flores Arenas. = *Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau. = *Esplicacion del figurin de modas.* = *Id. de la hoja doble de patrones y bordados.* = *Geroglífico.*

LAMINAS. = *Figurin para vestidos de señoras.* = *Dibujo de tapicería.* = *Hoja doble de patrones y bordados.* = *Hoja de crochet.*

Solucion del geroglífico anterior.

La rotonda romana figura entre los primeros edificios.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

GEROGLÍFICO.

